




Pompas 

 de Jabón

por M. R. Blanco-Belmonte

Ilustraciones 

 de Barrio

D G
A

C-1133650

:: MUNDIAL
BIBLIOTECA

Pompas de Jabón

M

B

POMPAS DE JABÓN

(CRÓNICAS)

POR

M. R. BLANCO-BELMONTE

CON ILUSTRACIONES

DE

EVARISTO BARRIO



Imprenta y Librería

HIJOS DE SANTIAGO RODRÍGUEZ

BURGOS

B

M

R. 85231



Es propiedad.
Cumplidas las prescripciones
de la Ley.

Copyright 1913 by Hijos de Santiago Rodríguez
BURGOS (ESPAÑA)



El Automóvil

blanco :: :: ::

Lo he visto más de una y más de diez veces en mis solitarios paseos por las afueras.

Charolado de blanco, festonado de oro, silencioso como pena honda y discreto como una madre, he contemplado con extraña curiosidad al moderno y elegante vehículo que, caprichosa ó deliberadamente, parece huir de los sitios donde se congregan las gentes ávidas de placeres, y parece buscar los olvidados caminos, las polvorientas carreteras, las interminables avenidas, flanqueadas de árboles, y las sendas apartadas donde anidan los pájaros del cielo, las coplas campesinas y la serena majestad de la Naturaleza que,

laboriosa y solemne, teje alfombras para la llanura, tapices gláucos para las cumbres, pétalos floridos para los tallos y fragancia suave para las corolas.

Notando en más de una ocasión lo moderado de la marcha del automóvil blanco, pude notar algo que me interesó vivamente.

Por lo general, el paso de un carruaje cualquiera por las vías rurales provoca algo de trastorno en los humildes habitantes de las chozas y casillas próximas al camino. Trastorno que se señala por gritos de niños, regaños de las madres, ladridos de perros y cacareos de gallinas.

Dijérase que el campo teme á la aproximación de la ciudad, y exterioriza su temor protestando con el lamento de los pequeñuelos, el aullido de los canes y el alboroto de la caterva alada.

Pero de esta regla se ha hecho una excepción para el automóvil blanco.

El *taf, taf, taf* de este vehículo, á lo que he podido ver, es una voz amiga, que encuentra eco simpático en los rústicos caseríos y en ios míseros barracones que bordean los caminos vecinales que van de esta capital á la sierra ó la campiña.

Desde la guardesa, que en el paso á nivel señala día y noche la llegada de los trenes, hasta el pobre peón caminero, que, azada en mano, lucha diariamente por rellenar baches y por abrir cunetas — para que el tiempo inutilice su tarea, socavando en el firme y acarreando tierra á la zanja — todos, absolutamente todos, los que en los campos de este ruedo ó de los campos de este ruedo viven, tienen saludos respetuosos y frases de afecto para la dueña del automóvil blanco.

La dueña del siempre bien acogido coche es una dama esbelta, de gallardo talle, ademán señorial y rostro noble, en cuyos finos rasgos hay expresión de infinita melancolía, algo así como la que se nos antoja ver en una azucena tronchada.

Los chiquitines de los labriegos palmotean jubilosos al divisar á “la señora”; los rudos trabajadores suspenden sus faenas y descubren la cabeza al paso de la enlutada dama; y las campesinas la reciben y la despiden con un “¡Dios la bendiga!” nacido en lo más puro del alma, bendición espontánea y suave como la rústica esencia de los romeros y de los tomillos.

Recientemente he visto al automóvil blanco correr vertiginosamente, en carrera loca, por una de las principales carreteras.

Picóme la curiosidad por averiguar la causa que determinaba esta alteración en las costumbres del simpático carruaje.

Entréme en un destartalado caserón, que en otro tiempo sirvió para relevo de postas, y, entre chupada y chupada á los cigarros, contóme el cabeza de familia todo cuanto yo deseaba saber.

Á decir verdad, no era gran cosa lo que el hombre conocía á propósito del automóvil blanco. Su dueña era una señora empingorotada, más buena que el pan y más humilde que la grama; al hacer esta última afirmación, mi interlocutor se creyó obligado á aclararla, diciéndome que la grama es tan humilde que se deja pisar y da flores aun cuando la pisoteen.

El hecho es que la señora del automóvil tuvo hijos y se le murieron, y desde entonces dedica su fortuna y su cariño á mejorar la situación de los pequeñuelos pobres ó desvalidos.

El automóvil es una especie de bazar ambulante, que lleva abrigos y ropas, juguetes y medicinas, á gran



... tiene á sus dos hijos muy malitos...

número de hogares en cuatro ó seis leguas á la redonda de Madrid.

—Ya ve usted si es buena la señora—exclamaba el campesino—que mi compañero Félix, el que vive en la caseta que desde aquí se ve, tiene á sus dos hijos muy malitos con garrotillo, y la señora viene todos los días dos veces, corriendo *la mar*, con el automóvil, sólo para traer á un médico de Madrid que está curando á los niños.

—¿Y saben ustedes cómo se llama esa señora?—pregunté.

—Nunca ha querido decirnos su nombre; después de todo—concluyó el labriego—para quererla y para bendecirla no nos hace falta saber quién es. Es... un alma buena. ¡Bendita sea!

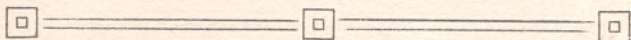
Tenía razón el hombre. Pero aun creyéndolo así, mi afán de investigar me movió á levantar el velo del anónimo en que se reboza la caritativa dama.

Hoy ya sé quién es. Deberes de respeto y de cortesía obliganme á la discreción. Pero la discreción no me veda saludar admirativamente á la madre de los pobres, madre sin hijos, que cifra su felicidad en la dicha de otras madres, y desde el automóvil blanco,

símbolo del progreso moderno, va sembrando la semilla del bien y de la caridad en los surcos de los corazones humildes.

Así la violeta embalsama, sin dejarse ver. Así las lluvias abrileñas son rosas en Mayo y espigas en Junio. Así, en la sombra, la abeja fabrica, para regalo ajeno, mieles dulcísimas...





Fuego fatuo

Blanco azulada, verdoso amarillenta, rojo desteñida, humeando siempre y siempre fosforesciendo, la llamita del fuego que temblaba al borde de las aguas muertas de la alameda y velaba como piadosa lamparilla sobre la fosa común, fué objeto constante de mis admiraciones de niño y de mis simpatías de mozo.

Veía yo en la lengua ígnea un alma errante pugnando por abandonar la tierra, para destellar como pastoril hoguera en los picachos de las montañas plateadas del cielo.

Sentía yo vehementes deseos de aprisionar á la inquieta lucecilla, y con loco aturdimiento corría tras ella.

Experimentaba terrores súbitos ante la errabunda luz, y la huía en carrera desatentada.

Y la llamita del oculto fuego, al modo que la mujer, que la felicidad y que la propia sombra, se alejaba cuando obstinado la perseguía, y me perseguía obstinadamente cuando me alejaba.

Al intentar sojuzgarla, era de ver como se deslizaba veloz, suavísima, desflecándose entre una mata de mastranzos, atravesando tupido festón de juncos, lamiendo las aguas cenagosas, rodeando el tronco de un almez, hundiéndose en la quebradura de un socavón y reapareciendo brilladora, como burlona sonrisa de luz, al pie del talud empenachado por punzantes pitas.

Al pretender esquivarla, era de ver cómo me seguía azuleante, fuliginosa, saltando del pedestal de una cruz á la marmórea lápida de una tumba, floreciendo en el extremo del tallo de un jaramago, atravesando con velocidad delirante zanjas abiertas y fosas rellenas, y quedando al fin, á mis espaldas, tras los barrotes del cancel, como lumínico destello de ensombrecida pupila que sueña con imposibles redenciones.

Aquella llama era como un murciélago, que sólo

abandonaba su mechinal cuando el campo cerraba sus astros de aroma y en la altura abrían sus corolas deslumbrantes las florecillas de luz.

Mucho admiraba yo al sol, amigo de los pobres y protector de los humildes.

Mucho admiraba yo á la luna, bondadosa dama que enciende su faro en el mar de las sombras.

Gran cosa es el sol, que trueca á una brizna de carbón en magnífico diamante.

Gran cosa es la luna, que finge alabastros en los bloques graníticos y presta blancuras insuperables á los basaltos.

¿Pero qué eran sol y luna junto á la lucecita blanco azulada, verdoso amarillenta, rojo desteñida, que humeaba siempre y fosforecía siempre al borde de las aguas muertas de la alameda y velando como piadosa lamparilla sobre la insaciable fosa del cementerio?

Verdad que no engendraba gemas, ni doraba mieses, ni argentaba pedruscos, ni rielaba en las ondas, más... ¡era tan dulcemente simpática y tan avasalladoramente sugestiva la errabunda llamita del fuego fatuo!

Entre las adelfas rojas del crimen, sobre las muertas aguas de los pantanos de la vida, junto á las fosas en que caen los vencidos en la mundana lucha, he visto brillar el alma errante que provocó mis admiraciones de niño y despertó y retuvo mis simpatías de mozo.

Hoy, como ayer, veo la lucecilla del fuego fatuo pugnando por escapar de la tierra y volar á más altas regiones.

Hoy, como ayer, corro tras ella con vehementes deseos de hacerla mía.

Hoy, como ayer, le vuelvo las espaldas y la abandono.

Y hoy, como ayer, la movible llamita se aleja si la persigo y me persigue si me alejo.

Para huir de mí, triunfa del tiempo; para seguir mis huellas, vence á la distancia.

Se anuncia con el estallido de la bomba; surge en medio del incendio formidable; vibra con la vibración del telégrafo y alienta con el aliento de todas las razas y de todos los Estados.

Me precipito en su busca, me afano por encontrarla y jamás la toco.

Cuando, desesperanzado, me alejo, el timbrar de los aparatos de telegrafía eléctrica viene á contarme anécdotas de la emperatriz que sucumbió; el estallido del petardo me refiere el salvajismo de un miserable anarquista, y los resplandores del incendio son lenguas que me hablan de hogares en ruinas, de pueblos empobrecidos y de familias desoladas.

Y en el cáliz de la sanguínea adelfa florecida en el homicidio; y en la onda turbia que empujada por otra onda rueda desde un trono hasta el Mar Muerto; y en las tempestades del desengaño que anonadan á un inventor ó ponen un arma en manos de un suicida; y en los aprestos de una República que se dispone á guerrear contra otra República hermana, y en España como en el resto de Europa; y en Europa como en América y como en todos los rincones del mundo, veo señorear el fuegucillo fatuo, que se burla de los que intentan darle caza y se torna en escudero de los que, impotentes ó desdeñosos, se apartan de su llama.

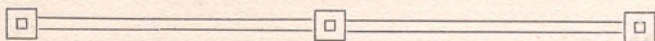
¿De dónde brotó? ¿En qué oculta hoguera se encendió su fuego?... Para el caso poco importa.

Irradiación de cerebro privilegiado del gentío ó emanación desprendida de los detritus que se pudren

en la gran charca social, sólo sé que esa llamita blanco azulada, verdoso amarillenta, rojo desteñida... es un poco de ácido fosfórico libre.

¿Acaso es otra cosa ese fuego fatuo, eternamente joven y eternamente viejo, que tiene por nombre *Actualidad?*





Los únicos vivos

Honra grande y satisfacción no pequeña han sido para mí las que con su visita me ha proporcionado uno de los más jóvenes, más modestos y más ilustres representantes del profesorado de la América latina.

Nieto de españoles establecidos en una de las florecientes Repúblicas americanas, mi estudioso amigo vino á España, no con curiosidades de viajero dispuesto á recorrer pueblos y á inspeccionar Museos, catálogo en mano; sí con las amorosas ansias del hijo que, tras larga ausencia, torna al regazo en que durmió los primeros y más dulces sueños de la vida.

Con el cerebro abierto á toda idea levantada, con el corazón pronto á recibir toda sensación noble, el brillante catedrático estudió concienzudamente la España mora y la España cristiana, doblando la rodilla

en Covadonga, admirando con admiración f3rvida las portentosas catedrales de Le3n y de Burgos, descubri3ndose con reverencia ante el Pilar de Zaragoza y ante el santo 3rbol de Guernica, y llorando l3grimas de art3stica emoci3n en el Mirah de la Mezquita-Aljama de C3rdoba, en los filigranados camarines de la Alhambra y en las magn3ficas estancias del Alc3zar de Sevilla.

Amante de nuestra historia como de la historia propia, m3s celoso que nosotros mismos del nombre y de las glorias nacionales, era conmovedor verlo p3lido, tembloroso, ardiendo en fiebre del m3s sagrado de los amores, absorto en la contemplaci3n de un lienzo de Vel3zquez, de un manuscrito de la Biblioteca 3 de una de las lucientes hojas que la Real Armer3a guarda.

—En Argamasilla —me dijo— ca3 de bruces para depositar la ofrenda de un beso en el suelo que se honr3 al ser hollado por Cervantes; en la R3bida sent3 que el alma se romp3a al recordar el ayer espl3ndido, que un fraile abnegado, una mujer generosa y un loco sublime, forjaron para eterno orgullo de la humanidad; en Carde3a me invadi3 fr3o de muerte en presencia del

sarcófago que un tiempo guardó las cenizas de Rodrigo de Vivar, y aplastado por la masa enorme del Escorial y helado por la nieve de los claustros de la Cartuja de Miraflores y de los monasterios de Fres de Val y de Silos, he visto desfilar en bizarro desfile toda la España de mis abuelos, con sus reyes que vivieron como mendigos y sus mendigos que vivieron como reyes, con sus guerreros que discurrían como religiosos y sus prelados que guerreaban como indomables adalides!.....

*
* *

A los postres de una comida, momentos antes de separarnos tal vez para nunca más vernos, me permití pedir á mi inteligente amigo un juicio concreto sobre España, una impresión que fuese como cifra y compendio de las impresiones que de este pueblo lleva á otro pueblo, un día tierra de esta tierra y sangre de esta sangre.

El discreto catedrático —que durante la comida había revelado su nada común talento de observador agudo y de psicólogo profundo— dando prueba de discreción, se resistió á contestar á mi pregunta; al cabo, apremiado por mis instancias, habló así:

—Perdone usted, amigo, si la rudeza de mis manifestaciones es parte á lastimar sentimientos respetables y cariñosos, para los que tengo leales respetos.

—Salgo de España —prosiguió— con amargura idéntica á la que experimenté al salir de las mudas calles y de las muertas casas de Pompeya. Vine como el expatriado que ansía abrazar á sus padres; me marcho como el que vuelve voluntariamente al destierro, con el dolor de haber encontrado una tumba en el sitio de su hogar.

—¿Se admira usted? —añadió.— ¿Acaso no es de irrefutable lógica mi juicio? ¿Por ventura la España de hoy no es la España de ayer? ¿Qué nuevos descubrimientos, qué hazañosos hijos, qué obras portentosas ó qué preclaros varones han añadido un laurel á sus laureles? Burgos sigue siendo la ciudad del Cid y de Fernán-González; Córdoba es conocida por la memoria de los que abrigaron su Califato; Granada perdura por el recuerdo del mágico Alcázar que labró el fundador de la estirpe Nazarita; en las letras no hay libros que igualen á los que legó Cervantes; en el arte, la tradición de Arfe, de Cornejo, de Siloé, de Colonia y de Verdiguier, parece haberse perdido. Pintores, escul-

tores y literatos buscan su inspiración, no en el agua viva de la Edad presente, y sí en el Mar Muerto de centurias que pasaron. La muerte de Lucrecia, la destrucción de Numancia, la toma de Granada y otros semejantes asuntos, son temas obligados para los artistas, que, por lo que veo, aún no han comprendido que para el lienzo, para el pentágono y para el modelado tiene el hoy héroes y notas, líneas y plasticidades no inferiores á los de ayer.

—¿Según eso —demandé— España es un pretérito un cadáver insepulto?.....

—No afirmaré tal cosa —exclamó mi interlocutor.— Si un grano de trigo conservó su potencia germinadora en la urna faraónica al través de los siglos, ¿cómo creer que haya perdido por completo su vitalidad el pueblo que tuvo tanta, que aún pudo ceder parte de ella al Nuevo Mundo?..... España, más que un cadáver, es un enfermo amodorrado, menesteroso de todo linaje de auxilios. Ahora, por lo que toca á los españoles, sí digo —y al decirlo plagió, sin saberlo, una frase de la eximia escritora D.^a Emilia Pardo Bazán— que los únicos vivos de España son..... ¡los muertos!





... Y no es cuento

Juanito García fué el más aventajado de mis compañeros de carrera. Máquina admirablemente formada por vigorosos músculos y bien organizado cerebro, voluntad férrea en cuerpo de bronce, entendimiento clarividente, equilibrado y sereno; todo esto y mucho más que esto era mi condiscípulo.

De sus portentosas dotes de asimilación aún perdura el recuerdo entre los que con él recibimos las enseñanzas del ilustre Torres Muñoz de Luna; de su retentiva incomparable aún se guarda memoria entre los alumnos de la clase de Botánica que le escucharon una tarde nombrar, describir y diferenciar, sin vacilaciones ni titubeos, á más de novecientas especies de plantas de la flora indígena.

García era ese fénix universitario que siempre se sabe la lección, que logra ser el predilecto de los profesores y que invariablemente obtiene la más alta calificación en los exámenes.

Una buena tarde, después de almorzar juntos Juanito y yo, nos separamos. Iba él á su manchego lugarajo á prepararse para oposiciones á cátedras de Facultad. Quedábame yo en Madrid, ahorcando los hábitos y desertando de la carrera, ganoso de probar mis fuerzas en las lides del periodismo y en el palenque de la amena literatura.

Lentamente, suavemente, tranquilamente, como mansas ondas de un río por su cauce, han pasado, día tras día, diez años por el álveo de mi existencia reflejando alboradas alegres con las sonrisas del primer hijo que al mundo llega y negruras de muriente crepúsculo con el beso del padre que del mundo se va.

Al cabo de los años, Juanito García—que por mi cuenta debía ser cuando menos rector de alguna Universidad—ha llegado hasta mi cuarto de estudio, trayéndome con su fraternal abrazo una oleada de aromas de adolescencia pretérita.

El caso de García merece ser conocido. En vísperas de oposiciones, dejó bonitamente los libros y contrajo matrimonio, enamoradísimo de una muchacha linda, bondadosa y perteneciente á familia acomodada. Los padres de la niña se opusieron al enlace y, una vez que se efectuó—contra su voluntad—cortaron toda relación con la nueva pareja.

En el escuadrón de la existencia tocóle á mi condiscípulo montar el negro potro de la desgracia. Tumbos, coces y desenfrenos del malhadado corcel dieron en tierra con la entereza de mi pobre amigo. Cuando la miseria hizo su mueca horrible en el hogar de García, sus suegros, inflexibles, resolvieron algo peor que negar amparo á los necesitados. Ofrecieron pan y albergue á la señora y al unigénito de mi camarada y cerraron á piedra y lodo su puerta, su pecho y su bolsillo para el que por dura ley de la necesidad se ve forzado á ser esposo sin esposa y padre sin hijo.

*
* *

Un antiguo é inteligente funcionario de la administración de una muy acreditada revista madrileña,

refería ayer, en la redacción, un suceso nimio, insignificante en la apariencia; pero lleno, á mi juicio, de tierna y palpitante delicadeza *psicológica*.

Ello era, en su acepción más exacta, una *gatada*.

En el cuarto que habita este laborioso empleado, suele recibir, de tiempo en tiempo, posada un peregrino; un morrongo flaco y mansurrón que en su vida bohemia acude á saciar el hambre merced á la generosidad de los dueños del cuarto, que brindan al noble Micifuz con los restos del almuerzo.

Este invierno, á lo que parece, se presenta cruelísimo para la tropa felina, y de ello da plena confirmación la puntualidad con que el bohemio baja diariamente del tejado á recibir la pitanza que nunca le niegan.

Habían notado en la casa que Micifuz solía escapar llevándose entre los dientes, ya un hueso por mondar, ya unas raspas de pescado, ya unas cortezas de queso. Esto, que tenía aspecto de refinada gula, ha resultado sencillamente una virtud conmovedora.

Hace cuarenta y ocho horas el gato llegó á la cocina, acercóse á la escudilla en que tenía dispuesta su refracción, y sin probar bocado principió á maullar

quejumbrosamente. Ni mimos, ni caricias, fueron bastantes para consolar al triste.

Al cabo, Micifuz, sin cesar en sus lamentaciones, que eran remedo de súplica, aproximóse á la ventana. Minutos después asomaba á la ventana una gata escaúlida, tímida con rara timidez. Era la Mimí del bigotudo Rodolfo. A un tiempo ella y él impetraron piedad de los vecinos. El macho, con resolución abnegada, saltó á la ventana y dejó su puesto y su escudilla á la hembra.

Pero la hembra no se prestó á aceptar el sacrificio, y para que comiesen los famélicos animalitos hubo que traer otro plato con comida. Entonces, y sólo entonces, el huésped habitual y la inesperada huésped se resolvieron á hacer los honores al banquete.

¿Que este caso no tiene nada de particular?... ¿Que es un suceso vulgarísimo indigno de ser registrado en una crónica?..

Error. Tremendo error.

La vida, la maestra insuperada exige de los que la viven amor y atención para las infinitas grandezas que en sí atesora lo pequeño.

¿Quién sabe si estas líneas, llegando á un lugarejo

manchego enseñarán á la familia de mi compañero de carrera más de lo que puedan enseñarles todos los libros de Filosofía é Historia!

¡Cuántos como el infortunado Juanito García suspirarán por un desenlace análogo al de la sublime *gatada!*.....





Olvido

Me tocó pasar el fin del verano y el comienzo del otoño en una de las más hermosas capitales andaluzas. Aquél año no tuvo ni tiene, en las crónicas regionales, nombre propio. Se le conoce con el negro apodo de *año del cólera*.

De cien á ciento treinta defunciones registrábase diariamente en la hermosa ciudad, que un tiempo fuera espléndida corte de soberanos árabes.

A hombros, á lomo de bestias y en rechinantes carretones, se efectuaba la conducción al cementerio, de los lívidos cuerpos de aquellos que en las últimas veinticuatro horas figuraron como bajas en el ejército de los vivos.

En los atardeceres estivales, á los murientes resplandores del sol, que teñía de oro y de rosa los picachos plateados de la sierra, avanzaba el fúnebre convoy

trepando aspérrimas cuestras, faldeando alturas, dejando á un lado el bosque que antaño se alegró con los himnos triunfales de Alhamar, pasando de largo ante el delicioso jardín donde aún vive el recuerdo de la gentil sultana que murió por amar, y asomando, en fin, á la muda y triste meseta rodeada de blancos tapiales, rematada por una cruz y empenachada por altísimos cipreses que, al soplo del viento, cabeceaban con lúgubres y soñolientas cabezadas.

Cuadrillas de hombres con uniforme pardo, ribeteado de amarillo, arrojaban perezosamente los cuerpos sin vida en la ancha boca de una excavación inmensa, profunda. Sobre los muertos lanzaban los vivos muchas y muy grandes espueñas de cal. Luego, vivos y muertos dormíanse en la paz de la alta noche, hasta que, al despuntar el alba, los azadones de la compañía de presidiarios volvían á romper el silencio, abriendo nueva y profunda zanja para lecho de los condenados á la pena capital en el sorteo de la lotería del cólera.

Hube de admirarme de que los presidiarios se presantasen al ejercicio de la nunca grata, y entonces altamente peligrosa, faena de enterradores.

—No es por impulso de piedad —me dijo el cape-



L. Barrio

A. Llorente, 1906

... á lomo de bestias y en rechinantes carretas...

llán del cementerio— por lo que estos hombres trabajan, es por obra del egoísmo que les mueve á buscar de este modo el indulto. Por egoísmo se agitan ellos y por egoísmo se agita todo el vecindario ayudando á los enterradores á obtener el indulto. Todos estamos convencidos de que si dejásemos sin pronta sepultura los cadáveres de los coléricos, en menos de ocho días no quedaba un solo ser con vida en la ciudad.

*
* *

Los no “profesionales,, los que desconocen ó mal conocen la misión de la prensa periódica, se hacen cruces y se espantan del modo con que los diarios proceden al tratar cuestiones de interés general.

Un automóvil destroza á un pobre anciano; la prensa registra el hecho, pide el descubrimiento del autor, solicita el castigo y, al cabo de veinticuatro horas, se olvida del suceso y cuida de narrar el “caso,, de un niñín pisoteado por los caballos de un carruaje, ó la precocidad de una chicuela, que resulta ejemplar curioso de estafadora, ó el abrasamiento de dos criaturitas por obra de la mala instalación de un aparato del alumbrado.

—Es intolerable —exclaman algunos— la ligereza con que en el periodismo se pasa sobre los asuntos más graves. Es inconcebible la prontitud con que se dan al olvido acaecimientos merecedores de constante atención.

—¿Acaso bastan tres ó cuatro días de informaciones telegráficas para condenar, cual se debe, el mayor escándalo del siglo? —preguntan otros.

—¡Pobre España! —murmuran entre compasivos é indignados algunos políticos de vigésima fila.— ¡No tenemos memoria, no tenemos prensa!..... A los ocho días de registrarse una espantosa catástrofe, nadie habla de ella y ni aún los periódicos se consideran obligados á avivar el recuerdo del ayer.

Y todos, absolutamente todos, ni ven ni saben ver que entre la indiferencia y la cobardía de las masas, la única labor grande, fecunda, varonil y humana es la que, en el silencio y en la sombra, realiza edición á edición, número á número y día tras día, la injustamente denostada prensa española.

Si en la epidemia de flaquezas, ruindades y abominaciones que envenenan la atmósfera, quédanse insepultos los cadáveres de los que caen, es seguro que la

infección penetraría en todas las conciencias, matando la alegría de vivir y haciendo del recuerdo de lo horrible y de lo impuro un castigo que ni el cuerpo ni el alma podrían soportar.

La prensa, no por determinaciones de egoísmo propio y sí por el noble deseo de procurar el ajeno bien, trabaja heroica y abnegadamente con afanes altruistas y anhelos misericordiosos en la faena de enterrar á los muertos.

Las páginas del periódico son á modo de ancha fosa diariamente abierta para recibir á los que cayeron en la última jornada.

Sobre esa fosa, el periodista graba en ocasiones el nombre de aquellos pocos que supieron cumplir con su deber.

Luego, luego..... como los "fossores" de la bella ciudad andaluza, arrojan espuelas de cal para encubrir impurezas, para matar gérmenes morbosos, para borrar el rastro de lo mal oliente y de lo feo. La cal que emplea la prensa para beneficio de todos, es lo más humano de lo inhumano: ¡el olvido!





Querer llegar

Para expresar el ansia de medro, la sed de ambición y el hambre de gloria, los franceses han inventado una palabra: *arrivisme*.

Esa frase es el diagnóstico compendiado de un mal que aflige la sociedad presente.

Al estudiar la dolencia, hay quien truena indignado contra la fiebre de “querer llegar,” que trastorna y enloquece los cerebros juveniles.

No encuentro justa tal indignación, ni se me antojan sensatos los anatemas que contra una afirmación de la voluntad se fulminan. No veo daño en que la juventud luche por la conquista de un ideal, siempre que la lucha sea noble y el ideal honrado.

Más aún: entiendo que si un *arrivisme* prudente

informase todos los actos de la vida de un pueblo, ese pueblo estaría regenerado por el solo impulso de su ambición.

Por otra parte, se me antoja que si el nombre de la enfermedad resulta novísimo, la dolencia es, sin disputa, tan antigua como el mundo.

En el pueblo de Israel, en su afán de llegar á la tierra de promisión, hay *arrivisme*.

En la ansia de ser señora del orbe, Roma dió pruebas de estar atacada de la misma enfermedad.

En la sed de gloria que guió á los rudos soldados de Tarik y á los que combatieron á la sombra del blanco pendón de las Omniadas ó del negro estandarte de los Abbasidas; en la fiebre de medro que llevó á Almanzor hasta Santiago y empujó á Pelayos y á Cides, á Gonzalo de Córdoba y Pérez del Pulgar; en el hambre de lucro que hizo chocar á Francia y á Alemania por un pedazo de tierra, pequeño para enterrar á los que en la contienda cayeron; en la ambición santa que inspiró á Colón y en el anhelo de los americanos por llevar á la práctica las doctrinas de Monroe, no hay otra cosa que casos de *arrivisme*, mal disfrazados con el ropaje de la leyenda religiosa, con el jirón de la se-

ñora triunfante ó con los pomposos atavíos de patria y de libertad.

En las pequeñas como en las grandes colectividades humanas, hoy, al igual que ayer, el "querer llegar," es norma de conducta.

¿En qué están las diferencias entre regionalistas y centralistas?

¿Cuál es la causa determinante de los conflictos entre obreros y patronos?

¿Por qué no ceden unos y se resisten otros?

Sencillamente porque éstos como aquéllos apetecen llegar á un fin propuesto.

Fin de ambición, de comodidad, de lucro, que en unos casos se traduce en aumento de jornal y en otros en ventajas mayores ó menores para la ciudad, para la clase ó para la familia.

¿Cómo ha de combatir esos afanes el que, con los hervores de la sangre moza, tenga voluntad para querer, entendimiento para discurrir y facultades para pelear?

¡Si á esa supuesta enfermedad debemos cuanto fuimos y somos y deberemos cuanto seamos!

¡Si el progreso, en todos los órdenes y en todas las

manifestaciones de la actividad del hombre, es el hijo legítimo de la voluntad consciente, ganosa de alcanzar las cumbres de la perfección!...

¿Quién es capaz de censurar al que batalla por ser alguien, por salir del montón anónimo, por tener el valor propio de un guarismo que se destaca sobre el montón despreciable de infinitos ceros?...

Querer llegar no es deseo reprochable. El que supo elegir y sabe esperar, debe y puede querer llegar.

Nunca desde el llano pueden gozarse las hermosas perspectivas que se alcanzan desde las altas cimas de los montes.

A la juventud que grita: ¡Quiero llegar!, es preciso estimularla y prestarle alientos y ayuda.

En el arroyo desbordado, en el río caudaloso hay vida y hay fuerza para mover turbinas, para producir luz y calor, para triturar granos y fecundar tierras.

En el estancamiento del pantano hay pestilencias y gérmenes de muerte.

Los grandes ambiciosos han hecho naciones grandes.

A la juventud hay que dejarla ir allí donde su ambición la lleve.

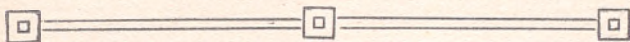
Si quiere llegar, déjesela que se revuelva ante la mesa de trabajo, en el foro, en el Parlamento, en la biblioteca ó en el estudio.

El que no debe llegar se hundirá en las aguas, sin que basten á salvarle los flotadores de la osadía propia ó del valimiento ajeno.

En cambio, los luchadores esforzados, los que, por querer llegar, bracean bravamente entre las olas, podrán exclamar triunfantes al saltar á tierra:

—¡Excelsior!...





Sembrando

“No puedo leer los periódicos de nuestra España sin que la angustia me oprima el corazón y el dolor nuble mis pupilas. Es muy cierto que tenemos poco de bueno que contar al público, pero es muy cierto que por pesimismo exagerado y por flaqueza bochornosa, venimos dando al mundo, día tras día, un espectáculo afrentoso y triste de ineducación y de desorden, de inactividad y de pobreza en el pensar, en el querer, en el sentir y en el obrar. ¿Es cierto, amigo mío, que nuestra patria es actualmente tal y como la miro retratada en las columnas de los diarios nacionales de más circulación?...

En estos ó en muy parecidos términos me escribió desde Nueva York mi ilustre amigo el infeligente y benemérito doctor García Purón.

El doctor Purón es un asturiano de gran cultura y noble entendimiento, hermano en ciencia de la preclara familia que ha hecho de los claustros y de la aulas de la Universidad ovetense el Covadonga de nuestra Reconquista espiritual.

Patriota fervoroso y trabajador infatigable, García Purón, desde su bufete en la dirección literaria de una importante casa editorial, viene luchando con épica bravura por la difusión y por la gloria de cuanto es ó representa un lauro para España.

Su campo principal de operaciones está en las Repúblicas hispano-americanas. A ellas lleva con las hermosuras de nuestro limpio idioma, las concepciones artísticas de nuestros más esclarecidos literatos.

Mas, á lo peor, ocúrrele verse detenido en su obra, por la obra de sus propios compatriotas.

No es posible, en realidad, glorificar y engradecer á los españoles proclamando sus nombres fuera de España, cuando dentro de España los españoles no cesan en sus empeños "parricidas.,"

Sin dificultad se comprende que para un buen hijo sea amarga y triste la lectura del relato de los infortunios y de los dolores de la anciana madre.



Me desayuno leyendo.

Pero no es culpa del fotógrafo que ante el objetivo de la máquina se presenten áridas estepas en vez de vegas floridas; ni es culpa del arroyo si en sus cristales se reflejan anubarrados cielos en lugar de esplendidos de zafir.

La prensa española, justo es consignarlo, viene dando hermosas pruebas de optimismo sano, alentando honradas iniciativas, loando todos los esfuerzos generosos, estimulando el celo de unos, pidiendo protección para todos y haciendo siempre crítica de afirmaciones, crítica positiva, indicadora de rumbos ciertos y de salvaciones posibles.

Lo que ni ha hecho, ni puede, ni debe hacer la prensa, es falsear la verdad, ó con arrestos de Quijote presentar ante el mundo, cual si fuesen yelmos de oro fino las bacías barberiles.

Me desayuno leyendo periódicos y todas, absolutamente todas las mañanas, encuentro en sus columnas noticias de industrias que se inician, de Sanatorios que se inauguran, de Dispensarios que se crean, de conferencias que se celebran y de Concursos que se abren.

De cinco años á esta parte una legión heroica de médicos esclarecidos, de arquitectos abnegados, de

publicistas doctos, de sociólogos que estudian y de obreros ganosos de aprender, viene operando una revolución en pro de la higienización moral y material de España. Y la prensa, esta prensa tan injustamente denostada por los que de ella hicieron escalón para medro personal, es el nervío y el portaestandarte de la revolución pacífica, silenciosa y grande dentro de su pequeñez, que un puñado de paladines procuran realizar.

Visto, y á distancia, un hormiguero en plena actividad, se nos antoja un centro de locura, un agujero en el que entran y salen minúsculos insectos atacados de fiebre, de vértigo. Sin embargo, los rubínegros animalejos están llevando á cabo una obra honrada y buena, pensada con serenidad y ejecutada con rapidez.

No de otro modo puede resultar inexplicable é incomprendible lejos de España la labor que dentro de España realiza la prensa periódica.

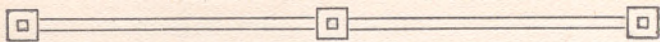
Tiene el supremo deber de legar á la historia la crónica fiel y minuciosa de nuestra vida presente, y cumple con ese deber anotando en sus páginas hechos é ideas, palpitaciones del alma nacional, con sus arran-

ques de enferma que no se resigna á morir y con sus desmayos melancólicos de neurasténica caprichosa.

Es cierto, sí, es cierto—como me escribe entre interrogaciones el doctor García Purón—que la prensa española es retrato de nuestra patria.

Pero es indudable que al par que retratista, esa prensa es como alto sembrador que en el surco de las conciencias va depositando día tras día y año tras año gérmenes que serán flores fragantes y frutos sazonados en un futuro próximo.





Retratos femeninos

Frescas, palpitantes, llenas de color, de vida, están en mi retina y en mi pecho las seductoras impresiones recibidas ante las imágenes de las beldades adorables que el genio del artista copió con soberana inspiración.

Entorno los párpados y aún veo desfilan en bizarro desfile las arrogantes figuras de las mujeres predilectas del maestro.

Rítmicamente, majestuosamente, calladamente, esas nobles hermosuras pasan dejándome ver el brillo de la perlina lágrima que, como fulgurante estrella, corre por el cielo de sus ojos, y rueda y cae como flor de siemprevivas junto á la tumba del egregio creador.

La primera de todas es una gran dama, extranjera de origen y española de corazón. Su retrato es un boceto, una mancha soberbia que hace soñar en juventud y en belleza eternas, en distinción insuperada y en ele-

gancias exquisitas. Al verla, parece que se escucha la gran sinfonía de la hermosura, siempre en radiante florescencia. Es *La dama de los conciertos*.

Tras ella, entre las flores de su balcón—balcón semejante á “la escarcela de la primavera olvidada en vetusta pared,”—adivino á una virgen hermosa como las hadas de la leyenda, con los ojos grandes, muy grandes, y azules, muy azules. La inocencia hecha carne; una alma de ángel encerrada en un copito de nieve. Es *María*, la enamorada del héroe que muere en San Pedro Abanto, entre torrentes de sangre y turbonadas de plomo. Es *María*, la Ofelia amante que sucumbe al dolor, á la soledad y á la tristeza.

Luego asoma la cabecita morena y rizosa de una chulilla madrileña, de una nieta legítima de las majas de Goya; corazón de oro y pensamiento de gasa cautivos en cuerpecito airoso y sonrosado como las cerezas. Un terroncito de sal, con ébano por cabellera, granos de arroz por dientes y un alboroto por ojos. ¡Quién no la conocel... Es “la salsa de los caracoles,”; es la alegría, la juventud y el amor metidos en los quince años de *Rosa*, la más linda de las floristas de Madrid.

Más tarde, entre la mascarada de la muerte, lu-

ciendo las vistosidades de su traje de hada, surge la rubia celestial, toda pureza; la de trenzas largas y arrullos idílicos; el rayo de luna que, al quebrarse en las aguas cenagosas de un pantano, hace que el cieno se ilumine y brille y tiemble conmovido. ¡Pobre *Lucía!* ¡Pobre corazón roto por el engaño! ¡Pobre ángel que encontró mortaja y traje de boda en su disfraz de hada!...

Y en pos de la idealidad, que se deshace como jirón de bruma, se esbozan contrastando vigorosamente dos trozos de carne de asombroso modelado. Una es trisunto de las místicas creaciones de Murillo; rubia como las vírgenes de las baladas finlandesas; rostro oval finamente correcto; ampo de nieve coronado de sol. La otra, una hembra de exquisita distinción y soberana hermosura; Venus de diminuto pie y esculturales formas; una plasticidad incitante con ojos negros, como el dolor sin consuelo; una morena; morena como el trigo por Agosto.

La rubia viste de paño azul adornado con franjas escocesas; sobre el nimbo de oro de su cabello, lleva sombrerillo de castor negro engalanado con flores y plumas.

La morena viste falda negra, chaleco de azabaches y mantilla de blonda, y oculta los lirios de sus manos con finísimo guante gris. Es un retrato arrancado del estudio de D. Vicente López. ¿Dónde sorprendió el artista los originales de la andaluza bronceada y de la rubia deslumbrante? En el tranvía. Son ellas; ellas, las que pusieron *La duda* en el corazón de su galante admirador.

Y en fin, cerrando la serie primera de la riquísima galería pictónica, viene un capricho delicadamente caricaturesco: *La inglesita*, ¡también rubia!, que intenta con ingenuo desgarbo lucir la mantilla netamente española y la altísima peineta de concha...

Estos son los retratos de mujer que el inolvidable maestro brinda al arte, al brindarle el comienzo de su selectísima obra. Obra que por manera maravillosa ha sido lo que él ansió que fuera: "ramo de todas las flores, chal bordado de todos los matices del color, mosaíco de todas las piedras preciosas, canastillo de todos los frutos,,.

Y de esa obra, lo más selecto, lo más armonioso, lo que representa la cifra y compendio de los amores del artista, es la galería de retratos femeninos. Ya lo

dijo con frase feliz. “Nada hay en el Universo comparable á una mujer hermosa,,.

Y, acaso, acaso hubiera añadido—á no ser ecléctico en la materia—que, de entre las mujeres hermosas, ningunas tan hermosas como las rubias.

Para pintarlas empleó los tonos más delicados de su rica paleta; para dibujarlas apuró las finuras de su lápiz; para amarlas hizo un altar de su corazón caballeroso.

Coello, Pantoja, Mengs, Goya, Madrazo, Vaamonde... los inmortalizadores más célebres de los encantos femeninos cuentan con un noble é ilustre compañero.

¿Tendré que decir que ese imponderable camarada es *Fernanflor*, y que el marco de sus retratos de mujer son las áureas páginas de las *Cartas á mi tío?*...





La Oración de

la Patria: :: :: ::

La Patria, la madre de las madres, la que con ternuras infinitas meció la cuna de nuestra niñez, llenó nuestras pupilas de luz y dió aliento á nuestros juveniles corazones con torrentes de sávia generoso y noble...

La Patria, la Dulcinea adorable que inflamó el alma de los mozos y coronó con la plata de los años la frente de la senectud...

La Patria—hogar de las conciencias, lecho piadoso que ha de ampararnos en la postrer hora—se ha estremecido con gigantesca palpitación y llorosa y reconocida se ha asomado á la inmensa tumba en que por siempre duermen cien mil hijos abnegados y valientes, que, por amor á tan egregia madre, dieron toda la sangre de sus venas y toda la vida de sus cuerpos.

El recuerdo del corazón, la santa gratitud, ha mo-

vido unánimemente, con sublime unanimidad, á los millones de seres que se cobijan bajo el pabellón rojo y áureo; á los millones de seres que tienen por solar el bien amado trozo de tierra que principia en las olas de piedra de los Pirineos y acaba en las montañas de espuma que bordan á Cádiz.

Y esos millones de seres, unidos en el pensamiento y en el afecto, hermanados por la identidad del idioma y de la historia, de las adversidades pretéritas y presentes y de la fé robusta y de la esperanza en lo porvenir; esos millones de almas, que fundidas en un solo amor forman un alma sola, han sentido la necesidad imperiosa de rendir culto á una legión heróica.

La Patria quiere orar por sus muertos.

La oración de la Patria es el homenaje más puro y más glorioso para los esforzados luchadores que por la Patria sucumbieron.

Pero las oraciones de los pueblos grandes han tenido y han de tener la grandeza majestuosa de lo imperecedero; el ritmo misterioso de lo indestructible; la augusta plasticidad de lo eterno.

En otros tiempos, cuando, cristiana ó mora, la Patria quiso alzar una plegaria que perpetuase su fé in-

quebrantable, puso á contribución el arte genial de sus alarifes y de sus escultores, y los Herreras y los Colonias, los Abderramanes y los Hixénes, vieron cristalizar en el mármol el himno de la Religión, y ese himno afiligranó las góticas agujas de la catedral burgalesa, rasgó las ojivas de los claustros de Fres del Val, alzó los grandiosos templos floronados por la cruz y dió al viento como señeras imposibles de derrocar, como asientos de la Media Luna, los alminares de Sevilla y de Granada y la Mezquita-Aljama de Córdoba.

Hoy la Patria quiere que los insignes campeones que cayeron en los esteros filipinos y en los manglares cubanos, en las aguas de Cavite y en las de Santiago de Cuba, tengan como lápida de su sepulcro el *Requiescat* nacional.

Para dar plasticidad á tan sublime idea, convocó y vuelve á convocar á la hueste sagrada: á los perínclitos paladines que, sobre el blanco corcel del Arte, batallan con magnifico empuje domando los pétreos bloques, abillantando las toscas piedras y rímando con estrofas de mármol el poema de los siglos.

Difícil, muy difícil es la empresa, mas por difícil que sea, es para envidiada.

Ignoro cómo materializarán nuestros escultores la espiritual oración de la Patria. Pero, aun ignorándolo, creo firmemente que el recuerdo hermoso del humilde Juan Soldado avivará todos los entusiasmos, allanará todos los obstáculos, inspirará todos los cerebros y dará por resultado algo colosal, tan soberanamente espléndido como el sacrificio del pobre *pistolo* que murió lejos de su aldea, sin una madre que endulzase su agonía, sin una mano amiga que entornase sus párpados, sin un amor que cubriese de flores su modesta fosa....

Y ésta, ésta ha de ser la oración de la Patria.

El himno al soldadito que peleó en la sombra como digno nieto del Cid y cayó en la obscuridad del anónimo.

Y ésta, ésta ha de ser la oración de la Patria: *Remember* á la generación presente y á las generaciones futuros.

Un *Remember* semejante al marmóreo león que, en los desfiladeros de las Termópilas, quedó cual pregonero encargado de decir al mundo que un puñado de bravos había muerto como han muerto nuestros hermanos: "por cumplir con su deber.,





Alma de Artistas

Ardía el sol en el cielo. El chorro de oro, escapando de la inmensa paleta azul, teñía delicadamente las copas de los árboles del Jardín Botánico.

La brasileña araucaria, el tilo gigantesco, el frondoso castaño de Indias, el pino del Norte, el sauce desmayado, el álamo de plata, el cactus africano y el laurel cerezo del Oriente, estremecidos por el soplo de la brisa, embalsamada con incienso de violetas, inclinaban la frente y quebraban en el verdor de sus aterciopelados escudos las espadas flamígeras del guerrero inmortal.

Frente á un grupo de arbustos, hollando el festón de musgos y de trinitarias, dos docenas de muchachos trabajan nerviosamente, agotando tubos de color, combinando tintas y manchando lienzos. Son alumnos de la Escuela Especial de Pintura: son los paisajistas de

un futuro próximo; son los discípulos laboriosos é inteligentes de un maestro, gloria legítima del Arte español.

Acariciándose la barba, salpicada por copos de nieve del invierno de la vida, afianzándose los brilladores lentes sobre la aguileña nariz; haciendo crugir bajo sus plantas la arena de los bien cuidados senderos, el maestro va y viene, deteniéndose junto á un caballete, corrigiendo una pincelada, formulando una advertencia, rindiendo un aplauso, estimulando con un consejo, apuntando una observación, derramando, en fin, el raudal de su vena artística y ejerciendo noblemente el apostolado de la enseñanza.

Sus pupilas se esclarecen cuando tropiezan con la nota justa, con la impresión fiel, con el trazo correcto, con el reflejo exacto del natural, con algo revelador de que entre las brumas de un alma juvenil alborea el astro radiante de la belleza sublime, mejor sentida que expresada.

Padre espiritual, su goce es hondamente tierno al escuchar los balbuceos de los hijos de su alma.

Detrás de todos los aprendices pictóricos, rojo de emoción y de miedo, temblando cual si estuviese cometiendo una acción abominable, un chiquitín, mo-



... en la manera de pintar el maestro ve empuje...

destisimamente vestido, pinta con verdadero fervor, haciendo de sus pinceles lenguas para rezar la misteriosa oración del arte.

El maestro detiéndose sorprendido ante el minúsculo paisajista; aquellos nueve ó diez años encerrados en un cuerpecillo apenas desarrollado, le resultan originalmente nuevos.

La sorpresa aumenta y se acentúa más y más, al estudiar con atención creciente la mancha que la manecita del niño va dejando en el lienzo. En la seguridad con que mezclaron los colores, en la firmeza con que fueron extendidos, en "la manera" de pintar, el maestro ve empuje vigoroso, intuición extraordinaria, acierto felicísimo.

—¿Quién te enseña?—preguntó. Y el pequeñuelo, cruzando los brazos cual si demandara perdón, balbuceó:—¡Usted!

¿Eres discípulo mío?—demanda al profesor.

Y al escuchar una afirmación y un nombre desconocido, adivina la historia, la novela del artista, que, con los ojos nublados por el llanto, apenas si puede hablar.

Sí, el niño quiere ser pintor, y pintor de paisaje.

Su madre no tiene recursos para costearle matrículas ni para pagarle maestros; ¡Dios sabe los sacrificios que se impuso para adquirir pinceles y paleta, caja y tubos de colores! Pero él,—aquí sobre el miedo se alza valiente una afirmación de personalidad,—él se ha deslizado en el aula, se ha confundido con los discípulos del gran artista y, sin derecho para ello, ha recibido lecciones y recogido enseñanzas...—¡Perdón!—solloza el niño.—¡No lo haré más!

El maestro limpia los cristales de sus quevedos, tose fuertemente, procura disimular su enternecimiento, y, al cabo, depositando un beso en la frente del pequeño, dice en alta voz:—Eres un artista; eres desde hoy mi primer discípulo; lo que tú pintas, para sí lo quisieran muchos que se pavonean con medallas ganadas en públicas Exposiciones.

Horas después, el maestro de la pintura narraba á un maestro de la poesía el descubrimiento que acababa de hacer.

El poeta, conmovido, escuchó el relato y quiso conocer al precoz paisajista; y cuando le hubo conocido, abrió su cartera, sacó de ella unos billetes de Banco y los cambió por un cuadrito que el chicuelo intentó regalarle.

En humilde habitacion, una pobre madre aquella noche regó con lágrimas su labor de aguja, celebrando el primer triunfo de su unigénito. Al par que la madre, lloró el hijo llanto alegre de gratitud sincera, de reconocimiento hacia sus protectores.

Cuando el niño se haga hombre, cuando Fernandito Labrada venza en la lid del arte y evoque, desde la altura del tiempo que pasó, el comienzo de su carrera, á buen seguro que el más dulce de sus recuerdos será el de esta primera página de vida, escrita por un pintor glorioso y por un poeta genial.

El cable misterioso dal sentimiento purísimo puso en comunicación á las almas gemelas.

Almas de artistas que sellaron con su talento en el lienzo á *Otelo y Desdémona*, y en el libro á las admirables estrofas de la *Canción de las estrellas*.

Almas de artistas, grandes como la paleta azul del cielo y como los áureos pinciles del sol que delicadamente acaricia las copas de los eucaliptos, de las araucarias y de los sauces, que se estremecen en el Jardín Botánico, al recibir el beso de amor de las fragantes violetas...





La última con- ferencia: :: :: ::

Se inclinó haciéndonos amistosa reverencia, tosió, carraspeó, y, al fin, con voz empapada en llanto, con voz doliente y triste como eco de plañir lejano, así dijo el decrépito profesor:

—Señores discípulos: Al cerrar la serie de conferencias que amablemente me confiásteis, al poner punto final á esta labor didáctica, cúmpleme, bien que amargado por amargura de próximo apartamiento, hacer resumen de mis enseñanzas, enseñanzas muy humildes, pero enseñanzas arrancadas á la entraña viva y fecunda de la realidad...

Vosotros, acaso, no sentís la añoranza melancólica de los que se fueron para nunca mas volver. Pero yo,

al ausentarme, siento que tal añoranza se despierta y late en lo más hondo de mi pecho. Conmigo se alejan por siempre y para siempre figuras de relieve tan poderoso como las de los publicistas que se llamaron Eusebio Blasco, Nilo Fabra, Polanco, Ciriaco Vigil, Roca, Puiggari Llobet, Daniel Ortiz, Antonio Pirala, Francisco Botella y Blanco García; conmigo se hunden en la fosa de lo pretérito aquellos artistas conocidos por Núñez de Arce y Jiménez Aranda, por Jerónimo Suñol y por Plácido Francés, por Arturo Carretero y por Juanito Cardona, por Jimeno de Lerma y por Jesús Monasterio, por Julián Romea y por Fernández Jiménez, por Federico de Castro y por Manolo Rodríguez...

Y con ellos, "como los ríos en veloz corrida se llevan á la mar,," son llevados al no ser: políticos, del renombre de Figuerola y de Sagasta, de Barzanallana y de Linares Rivas, de Navarro Rodrigo y de Tetuán, de Juan Montilla y de Rafael Monares; oculistas, como Rafael Cervera; inventores, cual Plasencia, el fabricante de cañones; penalistas, como Luis Silvela; generales, como el revolucionario D. Baltasar Hidalgo, y como Henestrosa y Arroquia; almirantes, como Valcárcel y

Gómez Imaz; financieros, como Fariña; damas del fuste y de la alcornia de la duquesa de Denia; prelados, como el cardenal Herrero, y héroes populares tan afamados como Antonio Reverte...

Hubo una pausa; el orador la aprovechó para enjugarse una lágrima y para tomar un sorbo de agua. Luego prosiguió:

—No termina con las anteriores citas la relación de lo que me llevo; me llevé una zahurda malamente titulada *Asilo de Mendigos de la Montaña del Príncipe Pío*; me llevo los molestos y descomunales edificios de flores y de plumas que, en cabezas femeninas, os privaban de la vista de los espectáculos teatrales; me llevé de España á los reyes de la estafa, á la ingeniosa y aprovechada familia Humbert, y me llevé á la vida privada y á la historia respectivamente, á D. Francisco Silvela y al convento de San Plácido...

Os cambié un León XIII por un Pío X; os entretuve con procesos terroríficos y espeluznantes cual el de la Cecilia, el de Gavilanes y el de D. Benito; os recordé la andante bandolería con Mamed Casanova; os estremecí con catástrofes tales como la registrada en el puente de Montalvo, y herí vuestra fibra patriótica mostran-

:::



doos, en 30 de Enero, el pabellón de la estrella solitaria ondeando en pleno Madrid...

—No, no os quejéis—continuó.—Pues á cambio de muertes y de desgracias, también os he traído esperanzas y alegrías; por virtud de un Congreso Médico, os hice comunicar con la Europa que estudia y que trabaja; por merced de la inventiva genial de un Torres Quevedo, España figurará con el *telekito* en la gloriosa falange que conquista con Marmorek el suero antituberculoso ó llena al mundo con las luminosidades del *radium*; os ha dado, en Madrid, un Instituto Oftálmico y un nuevo Laboratorio Municipal, una Escuela de Criminología y una estatua al marqués de Salamanca; con una Embajada Comercial he logrado que el alma de América se compenetrase con el alma española; y, aparte de concursos y exposiciones, os he brindado laureles bien ganados por Joaquín Malats al conseguir el “premio Diemer,” en el Conservatorio de la capital de Francia.

Y os he regalado: con un libro del patriarca Valera; con creaciones dramáticas de Galdós, Guimerá, Echegaray, Dicenta y Benavente; con inspiraciones musicales atesoradas por Juan Manen en su ópera *Acté*; con

estudios de soberana erudición cual los realizados por León y Máinez en la monumental obra *Cervantes y su época*, y por si esto fuera poco os he acariciado con la caricia encantadora de proyectos tan plausibles como el del descanso dominical, como el de la dedicación de una estatua á Cervantes en París, como el de la celebración del centenario del *Quijote* y como el de la abolición de la vergonzosa é infame “trata de blancas,,...

Comenzaron á sonar las campanadas de las doce en un reloj. El catedrático intentó hablar algo acerca de política: pero un sollozo ahogó sus balbucientes frases.

—Es la hora—dijo entrando en el aula un rubio y sonrosado pequeñuelo.

Y el agonizante profesor, besando amorosamente al niño, agitó la mano en señal de despedida y se alejó, se alejó cual sombra que se pierde, murmurando: —¡Os dejo la esperanza!...

Y así se fué el año de gracia de mil novecientos tres.





Voluntad.

Tengo rotos los oídos en fuerza de escuchar un día y otro día, á los pseudo-sociólogos que se permiten la comodidad de despreciarnos, que el pueblo español es un pueblo de abúlicos, de pobres enfermos que padecen la privación de la facultad de querer.

Instintivamente, por impulso superior á toda reflexión, me siento—en casos como el presente—inclinado á dar por cierta la frase de que “las mayorías nunca tienen razón”.

Los sociólogos de pan llevar que disfrutamos ó que disfrutan, afirman en redondo que la juventud de hoy, la generación nueva—la que en las burbujas de su sangre moza y en las circunvoluciones de su cerebro virgen encierra santa promesa de espléndido porvenir—es un organismo enfermo inconsciente y falto de acción volitiva.

Dichosamente, por encima de palabrería más ó menos gárrula, y por encima de hinchazones no siempre retóricas, surgen avasalladores, hermosamente grandes, con hermosura soberana y grandeza infinita, los hechos realizados por los mismos que son objeto de burlas y de desdenes; y entre las pequeñeces que "los chicos,, ejecutan en el silencio y en la sombra, las hay de tanta y de tan sublime alteza, que bastan y sobran para acreditar de falsarios del alma nacional á los sabihondos expedidores de patentes de abulia.

Con ocasión de una fiesta cultísima que acaba de celebrar el Ateneo de Sevilla, España toda ha podido enterarse de que en el país del sol, en la tierra donde aún flotan las tradiciones de la pereza indolente de nuestros abuelos los moros, en la holgazana y bella Andalucía, un *hombrecito*, que aún no cuenta quince años, es cabeza inteligente de pobre familia, amparo de sus hermanitos huérfanos y sostén y consuelo de una viudez sin recursos y de una maternidad afligida.

Al morir el padre y esposo honrado y trabajador, en el hogar en lutos surgió el problema planteado por la imperiosa necesidad: perecer de hambre ó implorar la caridad pública en el Hospicio ó en las calles.

Pero de igual modo que el hierro impuro se temple y acera á los golpes del espadero, así el almita del niño sevillano se fortaleció en el yunque del dolor al sentir los martillazos del infortunio, y, bravamente, calladamente, el niño se hizo hombre, el pequeño se engrandeció, y tomando la dirección de la reducida industria paralizada por la muerte del padre, y aplicando todas sus energías al levantamiento del humilde taller, logró ganar el pan cotidiano y salvar de la miseria á los seres bien amados de su corazón.

Seguro es que desde el fondo de la tumba las bendiciones del padre irán á besar la frente del abnegado primogénito, así como el santo rocío del cielo va á besar con la aurora los cálices que se entreabren saludando al día nuevo.

*
* *

En Madrid, á la vista de todos y sin implorar auxilio de los Mecenas oficiales ó particulares, un artista en embrión está dando el conmovedor espectáculo de lo que es y de lo que vale una voluntad robusta, sana y juvenil, que sabe adorar en la ideal Dulcinea del Arte.

Se trata de un desheredado que jamás recibió ca-

ricias de esa hembra tornadiza llamada Fortuna. El muchacho, que apenas cuenta dieciseis años de edad, *quiso* ser escultor, y lo quiso con tan intensa afirmación de voluntad, que los padres, respetando tan enérgica vocación, lo enviaron desde el nativo lugarejo á la corte de España.

Por todo recurso el muchacho cuenta con diez ó doce duros mensuales enviados—¡Dios sabe á costa de cuántos sacrificios!—por los autores de sus días.

La exigüidad de la mesada apenas si permitiría al más modesto de los estudiantes mal vivir en una pésima casa de huéspedes.

Pues bien, el escultor incipiente, ahogando las exigencias materiales, principió por alquilar en las afueras una habitación que le sirve de hogar y de taller.

Este lujo le cuesta veinticinco pesetas mensuales, que viene abonando con prodigiosa puntualidad.

Las treinta y cinco pesetas restantes del envío paterno las invierte... ¡en pagar modelos para estudiar el natural!

¿De qué viste y de qué come? preguntarán los lectores. Lo mismo hube de preguntar y, ¡por Dios!, que la contestación me maravilló.



... una habitación que le servía de hogar y de taller...

El novel artista cubre sus carnes con la tosca ropa que sus padres le mandan de año á año; ha suprimido la planchadora y él mismo supe á la lavandera. Para comer...—con emoción lo oí y con emoción lo repito— para comer acude con un puchero á la puerta de un cuartel, donde diariamente le obsequian con las rebañaduras de las ollas de rancho.

No conozco al aprendiz de escultor: quisiera conocerle para descubrirme respetuoso ante el varón fuerte que no siente flaquezas y que va derechamente, como un proyectil, hacia el fin propuesto.

Yo no sé, ni me importa, si el artista triunfará en sus empeños por conquistar un nombre como escultor. Motivos hay para creer que el adalid á quien “no importa vivir como un mendigo,” podrá llegar á ser un Pindaro ú Homero en el arte de modelar.

Pero si no vence como artista, es seguro que vencerá como hombre; cuando se dispone del corcel vigoroso y noble de la voluntad, el caballero tiene derecho á llegar como triunfador á las más encumbradas cimas.

*
* *

Vean ahora nuestros pseudo-sociólogos, parando

:::

mientes en los dos ejemplos que he citado, si es lícito afirmar que la generación nueva en España está privada de la facultad de querer.

En mi humilde juicio, el alma española de hoy no es, ni puede ser, una abúlica: es una mariposa tornasolada y bella, que si tiene el cuerpo pequeñito, tiene las alas muy grandes.

Las alas de esta mariposa se llaman voluntad.





Teatro por dentro.

Estábamos en vísperas del ensayo general de una zarzuela. Los artistas, pendientes de los labios del apuntador y atentos á las observaciones de los autores, musitaban perezosamente sus papeles. El maestro compositor bastoneaba marcando el compás de un terceto que se ensayaba al piano. De la orquesta surgían acordes quejumbrosos de instrumentos que, rechinando, cobraban afinación. Sobre el patio y la platea, completamente vacíos, caía una lluvia de otoño, la luz crepuscular de una melancólica y llorona tarde de Junio.

Por el escenario, entre los grupos de comparsas y de tramoyistas, avanzó sereno un muchachito vestido con el rojo uniforme de los "botones,, portadores de la correspondencia del interior.

Gorra en mano, llegó el chicuelo—que apenas contaría diez años de edad—al lugar en que se hallaba sentado el empresario.

Respetuosamente hizo entrega de su mensaje postal y, satisfecho, con la satisfacción del deber cumplido, aguardó la respuesta.

En tanto que un ordenanza iba á la Contaduría en busca de las localidades pedidas en la carta que trajo el “botones,, éste, sonriente, mudo, con expresión de candor inefable en su carita empalidecida por prematura anemia, se dedicaba á observar á su alrededor y á admirar todo cuanto se ofrecía como extraño espectáculo á la contemplación de sus negros y asustados ojuelos.

Un enjambre de abejas melodiosas surgió del abierto piano, y, revolando, revolando, llenó con su dulce zumbido la amplia sala. Luego, la tiple “atacó,, las primeras frases del terceto; el pequeñuelo, atónito, sonrió complacidísimo y acarició con la mirada á la artista, que cantaba ante él. Casi al mismo tiempo, el tenor y otra tiple “entraron,, en el andante. La estupefacción del “botones,, fué indescriptible al ver á tres personas formales, al parecer, decirse cuchufletas á

grito herido. Y la estupefacción subió de punto cuando, tras prolongado pitido, descendió un telón de jardín, tamborearon los timbales, rugieron las trompas, sonaron flautas y violines.

Por el semblante del niño pasó una sombra de duda. Acaso el chiquitín creíase fuera del mundo real y se veía transportado en cuerpo y alma á los maravillosos alcázares que se levantan al conjuro de un *¡Sesamo, ábrete!*, ó se derrumban al restregón dado por el ideal Aladino en su portentosa lámpara.

Movidos á curiosidad, sometimos al hombrecito á un formal interrogatorio.

Filadelfo—que así se llamaba y se llama el interesado—nos confesó con encantadora ingenuidad, con adorable inocencia, que jamás había puesto los pies en un teatro. Al cumplir los nueve años y cuando el maestro de escuela lo consideró apto para leer sin tropezar más de tres veces por minuto, y habilitado para escribir sin grande confusión de mayúsculas con minúsculas y sin punible ofensa al sentido común y á la gramática, el chico percó la canongía que desempeñaba; mensajero al servicio de una agencia, con la dotación de una peseta diaria, ítem más las propinas que, por lo general

solían ascender á setenta ú ochenta céntimos, también diarios. Filadelfo no cambia su colocación actual por la presidencia del Consejo de ministros ni por el Gobierno del Banco de España.

Que dejen á mi hombre callejear libremente; así como así, doce ó catorce horas de trabajo diario, ¿qué son para un niño?... Además, seis dures mensuales de sueldo fijo y tres ó cuatro más en concepto de gratificaciones eventuales, no son grano de anís, ni moco de pavo, ni cosa baladí ó despreciable.

—Muchos hombres, trabajando todo el día, no ganan lo que yo gano—apuntó con vanidosilla altivez el muchacho, embolsándose diez céntimos con los que el empresario le remuneró.

Para Filadelfo las dos cosas grandes y buenas que pueden ambicionarse en el mundo son: una plaza de mensajero, cuando se cuentan pocos años y un destino de cartero, cuando se llega á ser mayor de edad y se tiene padrinos. El límite del humano deseo para el pequeñuelo consiste en un automóvil. Un *chauffeur* es algo sobrenatural y digno de admiración y de envidia.

Filosóficamente y con airecillo de pesadumbre abandonó Filadelfo el escenario.

—¿Querías ser cómico?—le preguntamos, despidiéndolo.

—No—respondió con firmeza.—Si yo fuera cómico no comería mi madre el pucherete que come todas las noches con el dinero que le llevo.

El niño, desencantando al tocar el lienzo que mentía frondosidades de jardín, había vuelto á la realidad y prefería la prosa de su humilde empleo á la ficción de las ilusorias grandezas del “Castillo de irás y no volverás”.

Cuando Filadelfo salió de la escena tropezóse con *la Pirris*, chiquitina que lleva diez meses representando todas las noches importante papel en una de las zarzuelas que mayor éxito han logrado en la presente temporada teatral.

—¿Querías tú abandonar el teatro?—dijimos á la minúscula actriz.

—Nunca—replicó, moviendo la inteligente cabecita.
—Todos los días rezo—añadió—para que cuando acaben las representaciones de esta obra, se extrene otra en que yo tenga papel que me permita llevar á mi casa todas las noches el sueldo que en este escenario vengo ganando.

Para *la Pirris*—que, como alma femenina, sabe poetizar la realidad—el teatro es lo más bello, lo más grande y lo más bueno del mundo.

Para Filadelfo, espíritu reflexivo, práctico y calculador, el teatro es una mentira que no da de comer.

Acaso ambos niños tengan razón; pero de fijo que, andando el tiempo, el “botones,, de hoy, hombre mañana, saldrá de la vida sintiendo hacia ella el desvío y la desilusión que ayer sintió al abandonar el escenario del teatro.





Buscando patria

La prensa de Galicia deja oír su voz, clamando porque los Poderes públicos pongan coto á la emigración que, con alarmante rapidez, despuebla comarcas, arruina cultivos y deja sin habitación á buen número de aldeas.

Los clamores de la prensa galáica han encontrado eco simpático en una parte de los diarios madrileños que, señalando los estragos del mal, abogan por la implantación de leyes represivas encaminadas á contener esa sangría suelta debilitadora del poco robusto organismo nacional.

Pero de igual modo los periódicos regionales que muchos de los que en Madrid se publican, dan á entender que una de las primeras, sino la primera, de las determinantes de la emigración es la falta de confor-

...

midad de las clases trabajadoras con su situación, nada risueña, y la ambición desmedida que, engendrando ansias de riquezas, mueve á muchos á aventurarse en la conquista de fantásticos tesoros, desdeñando y abandonando el mediano pasar de que en la tierra nativa disfrutaran.

Los que tales afirmaciones sienten se engañan lastimosamente y desconocen en absoluto el problema planteado en las provincias gallegas y en casi todas las regiones de España.

El rebaño humano que la desgracia agrupa en los sollados de un vapor; las familias que llorosas se alejan del hogar y emprenden á pie la peregrinación hasta los muelles de la Coruña; los centenares de infelices que con el alma desgarrada y las pupilas turbias salen de lo que pudo ser cuna amorosa para dirigirse á lo que seguramente será fosa ignorada, no son modernos argonautas que, aguijados por la codicia, se aprestan á la busca del áureo vellocino.

Nada menos que eso.

Los emigrantes, los que á ciencia cierta se embarcan resignados á sufrir las inclemencias de un clima mortífero y los rigores de la miseria, no van



I. Barrio

Van suspirando encontrar el trabajo...

deslumbrados por la fiebre de exorbitante lucro. Van apremiados por el hambre á conquistar, con riesgo de la vida, un pedazo de pan que vigorece sus miembros entumidos por la inacción. Van suspirando encontrar el trabajo y el jornal que en su región no hallan. Van á desafiar el sol de los trópicos, á retar á la fiebre amarilla en el Brasil, á pelear con el vómito y con el paludismo en los manglares pútridos y en las estériles pampas, confortados por la esperanza de que la enfermedad y la servidumbre sean más piadosas que la necesidad que les hace sucumbir en la tierra solariega.

Entre la muerte cierta ó la redención improbable optan por la lucha que puede manumitirlos, y á la lucha van buscando patria.

¡Patria! Eso buscan los emigrantes.

Buscan una patria que si no Thabor resplandeciente, no sea Calvario inacabable al que han de subir vistiendo el túnico de la indigencia y soportando el agobio del leño del dolor y de la desgracia.

Antes que la muerte por inanición, prefieren el voluntario destierro en las soledades americanas ó la mortaja de las olas, siempre prontas á recibir á los que sucumben á la dura penalidad de la travesía.

Y como hay periódicos que se equivocan al juzgar acerca de las causas propulsivas de la emigración, hay periódicos que yerran al reclamar leyes que amarren en la tierra española al que de ella quiere salir.

Lo que hay que reclamar es patria para los que de ella están faltos.

Cuando se remedian los males de la absurda división de la propiedad territorial; cuando estén roturadas y en producción las innúmeras vastísimas haciendas hoy por explotar; cuando los Bancos Obreros y Agrícolas, acaben con la usura y faciliten el desarrollo de las pequeñas industrias, así urbanas como rurales; cuando el jornal sea bastante para atender al sostenimiento de la familia y las Cooperativas faciliten alimento sano y barato al proletario, entonces y sólo entonces cabe demandar disposiciones que contengan la emigración.

Hasta ese día no hay razón para culpar al que emigra, ni hay derecho para impedirle que vaya por el pan á tierras donde se lo ofrezcan ó donde fía en ganarlo.

No son los emigrantes culpables del daño que sufren, ni del que sobre la industria nacional recaiga.

Los reos son los que socavaron el edificio, dieron

con él en tierra y no tienen valor ni nobleza para levantarlo de nuevo.

Los pájaros van á labrar el nido allí donde encuentran el rubio grano que les nutre, el rayo de sol que les calienta y el tronco bienhechor que les ampara.

Si á las aves del mundo no se les da lo que la Naturaleza regala á las aves del cielo, al menos déjeseles su libertad hermosa, para que, batiendo las alas, vuelen á otras latitudes buscando el regazo de la patria.





El enjambre.

Se detuvieron dos chiquillos; tras ellos se pararon unos obreros que del trabajo volvían; á los obreros se juntó un grupo de estudiantes y, á los pocos minutos, eran más de doscientas las personas que se arremolinaban, empujándose, atropellándose, interrumpiendo la circulación de tranvías, mirando todas, y no viendo muchas, el manchón negro que se destacaba sobre la blancura del muro como tintero volcado en cuartilla virgen.

El golpe de gente que obstruía la ancha calle me impidió atravesarla y me hizo sumarme al montón de curiosos. Miré y ví que la mancha oscura se movía, se ensanchaba, é iba buscando refugio en las rotas piedras de un mechinal.

Un muchacho lanzó un guijarro, con tan certera puntería, que dió en tierra con un puñado de abejas, trabajadoras inocentes que con la muerte pagaron el atolondramiento de abandonar los jarales olorosos del monte y los tomillos perfumados de la campiña.

Los espectadores se apretaron más y más para ver de cerca á las rubinegras emigradas del colmenar.

Los insectos, guiados por el supremo instinto de conservación, estrecharon sus filas pugnando por introducirse en la hoquedad, para evitar la brutal pedrada de los golfos.

En tanto que la marcha se reducía, el pelotón de curiosos se agrandaba en torno de un vendedor de nueces y de arrope, alcarreño por más señas, el cual con suficiencia magistral peroraba acerca del valor de las colmenas, de la utilidad y ventajas de la apicultura y de la estimación que tienen ó deben de tener esos núcleos ejemplarísimos llamados enjambres.

—Por ese que está ahí—exclamaba el orador—pagarían en mi pueblo diez duros.

Esta afirmación fué acogida con visibles muestras de incredulidad por la mayor parte del respetable auditorio.

—Lo menos piensa este tío—gritó un granujilla— que somos tontos para creer que esos bichos valen tanto dinero.

El hombre no hizo caso á las frases del escéptico, y acabó su disertación insistiendo rotundamente en que un enjambre es una bendición de Dios, y por ende acreedor á todo linaje de respetos.

Se fué marchando el gentío, y cuando ya los pocos que allí quedábamos casi percibíamos el zumbir de las abejas, un más fuerte zumbido atravesando el grueso muro apagó los rumores del trabajo de los insectos.

Tras el muro, las reclusas en la Cárcel de mujeres, salmodiaban la plegaria vespertina: una Salve gangueada por criaturas que el vicio enronqueció, un Angelus canturreado por seres que se desembarazaron de sus tornasoladas alas de mariposa para arrastrarse más á gusto, como gusanos, sobre el muladar de los apetitos torpes y de las pasiones bajas.

Aún vibran mis nervios con vibración dolorosa al evocar el cuadro que ofrecían las reclusas, con el rostro encendido por el abuso del alcohol, con el cuello

surcado de cicatrices, con el cristal de los ojos empañado por una nube de bajeza deprimente.

Allí estaba la espuma del arroyo, la hez del hampa, la ladrona complicada en el homicidio, la madre sin entrañas que enloqueció para ser infanticida; allí estaba representado todo cuanto cae dentro de los artículos del Código penal, y esa representación reía con risa estúpida, con una risa que era un sarcasmo dentro de la Cárcel.

Cuando un poeta, en estrofas más bellas que reales, cantó la hermandad de las mujeres y las flores, á buen seguro que no pensaba en que hay seres, baldón de un sexo, que ni tienen aromas de violetas buenas, ni purezas de lirios, ni galanuras y matices de abrileñas rosas.

Los que ensalzan ó glorifican á esos seres, fingiendo en símbolos brillantes azúcenas que se mustian en el lodo, no han entrado en la Cárcel, ni han respirado el vaho de miseria moral que se desprende de las mujeres que el vicio juntó con mano febril en la colmena de la ley.

Aquel humano enjambre, perdido el hábito del trabajo, elabora odios, sueña venganzas y segrega blasfe-

mias que escupen los mismos labios que á la hora vespertina ganguean con fingida compunción plegarias mal recordadas y peor sentidas.

Al salir del ambiente carcelario, aspiré á pleno pulmón el aire de la calle y dí en pensar que ni todos los enjambres son bendición de Dios, ni merecen iguales respetos, ni pueden ser tasados en igual suma.

El pelotón de delincuentes, verdadera mancha social, ultraje al armiño de la feminidad noble y honrada, antes que en beneficio hace discurrir en daños, antes que por lo que vale ha de ser juzgado por lo que cuesta. ¡Cualquiera es capaz de calcular los caudales de honra y de lágrimas que significan esas vidas que viven para vergüenza propia y mal ajeno!

Declaro honradamente que al alejarme de aquel pasaje experimenté á un tiempo la sensación consoladora del alivio egoísta y el dejo de piedad extraña.

Piedad por las abejas que sobre las aceras ostentaban rotos los élitros y magullado el coselete.

Alcé la vista al mechinal y en vano busqué en él el blasón de laboriosidad que esculpieron los insectillos.

El emjambre había desaparecido; las obreras incan-

sables, convencidas de que en el plantel de la infamia no existen cálices rellenos de ricas mieles, tendieron el vuelo zumbando en las sombras de la noche el suspiro de sus nostalgias por los jarales olorosos del monte y por los tomillos perfumados de la campiña!...





Cenicienta.

Era la más pequeña, la más débil y la más desmembrada de la familia. Le faltaban á su cuerpo las opulentas carnosidades de la una hermana, y no tenían sus músculos el vigor atlético de que hacía gala el primogénito membrudo.

Y por hembra flaca arrinconáronla en el hogar; vistiéronla de andrajos; abrumáronla con desprecios; hicieron mofa de sus voluptuosidades imaginativas; desoyeron sus frases, brilladoras como el fleco de una estrella, y diéronla por descanso el trabajo, por abrigo el desamor y por compañera la soledad.

En las interminables veladas de invierno, acurrucada junto á las cenizas de la chimenea sin fuego, Cenicienta hilaba en su rueca ansias inefables, anhelos

sublimes, aspiraciones generosas y tristezas y amarguras infinitas.

Luego, cuando el silencio envuelto en la sombra paseaba por la tierra, la buena hada, que tiene su alcázar en el cielo de un lirio azul, descendía por la escala de un rayo de luna á besar el rostro de la niña triste; el beso era luz, y llenaba de claridad espléndida el hogar obscuro; el beso era floescencia, y derramaba corolas sobre la áurea trenza de la mártir; el beso era tisú y era encajes, y ceñía cual regia veste las ideales formas de la doncella; el beso era gemas—rojas como cóleras, verdes cual envidias, azules cual sueños de inocencia, blancas como almas puras—y en broches primorosos, en collares cincelados ó en ajorcas deslumbrantes, iba á engalanar el cuello alabastrino y la frente marfileña de la casta virgen.

Al disparar el sol su primer cañonazo lumínico sobre la vencida noche, la buena hada, recogiendo su clámide jazmínea, huía llevándose las ricas estofas, las finas piedras, los cegadores relampagueos y las perfumadas flores.

Y cuando, con el alba, volvían á la casa, la hermana mayor aburrída del trasnocho y el primogénito



... llenaba de claridad espléndida el hogar obscuro...

cansado de cuerpo y ahito de goces, hallaban invariablemente, junto al hogar sin fuego, á la pobre Cenicienta, feliz en su felicidad ignorada, dichosa en su fantástica dicha, viviendo una vida de sueño dulce como aroma de violetas, suave como maternal caricia.

Aromas y suavidades llegaban esfumadas hasta los hermanos implacables; suavidades y aromas embellecían sus existencias; pero ciegos á la luz y sordos á la piedad, sintieron en la ajena alegría un robo á la alegría propia y con el hierro de la envidia apuñalaron á la pobre Cenicienta, asesinando sus sueños, cristalinicos como una lágrima, delicados como una sonrisa...

*
* *

Juzgándola débil, mirándola pequeña, desestimándola por humilde, la Moda tornadiza y la Industria gigante, arrinconan y menosprecian á la hermana menor, á la eterna Cenicienta.

La empujan y la recluyen en un ángulo del solar nativo; la visten el andrajo de púrpura de los locos; la abruman con desdenes; la azotan con burlas; cierran

el oído á sus lamentos y la dejan olvidada en soledad sin afectos y en tristeza sin consuelo.

La Poesía, moderna Cenicienta, viene siendo blanco de toda ira, víctima de toda sinrazón, reo de ajenas culpas.

A coro se dice que los lirismos han sido causa de la perdición de España; unánimemente se vocea que hemos sido vencidos por hallarnos enervados con embriaguez poética; se proclama á grito herido que Don Quijote debe dejar plaza á Sancho, y no faltan heraldos que enronquezcan en fuerza de aullar repitiendo: —¡la Poesía ha muerto! ¡viva la Prosa!

Y la Poesía doliente y resignada se aleja buscando techo más hospitalario en que labrar su nido.

Locos son los que creen que al fin del combate puede el espíritu ser esclavo de la materia; ciegos los que no ven, al cabo de los siglos, el triunfo de Grecia y de Roma sobre los bárbaros; sordos, los que no entienden el ritmo de la gran epopeya que principió en Asturias, vibró en las vegas granadinas y repercutió en las inexploradas selvas de un mundo nuevo.

Cenicienta, tegió guirnaldas para los adalides que se alzaron y sembró de siemprevivas las tumbas de los

héroes que en la lid cayeron; su aliento fué acicate del sabio, bálsamo del mártir, redención del siervo y anatema del verdugo.

Pregúntese quién dió nombre á un siglo ó quién cubrió de laures á una nación, y saldrán al encuentro los nombres de Lucano y de Homero, de Virgilio y de Dante, de Milton y de Shakespeare, de Calderón y de Lope, de Hugo y de Beranger.

Y en el fragor de la pelea, y en el descanso de la paz, y en el latido de la locomotora, y en la vibración de la dinamo, y en el golpe de la rotativa, y detrás de la yunta, y al lado del volante, que se mueve en el taller como un astro en el firmamento del trabajo, allí donde palpita algo noble y levantado, allí donde surja algo que pueda ser fuerza, luz ó movimiento, aparecerá la Cenicienta cantando la canción del ideal, olvidando las pesadumbres para soñar y forjar venturanzas.

Fuerte es Inglaterra y se enorgullece con las estrofas de Kípling; fuertes son los Estados Unidos y se deleitan con las rimas de Longfellov; fuertes son Rusia y Alemania, Italia y Francia, y ven en Heine y en D'Annunzio, en Tolstoi y en Rostand, legítimas glorias.

No hay que culpar á Cenicienta por faltas que no cometió; no hay por qué imputar al Hidalgo Manchego las bellaquerías de su escudero; no hay que mentir diciendo que España ha caído por culpa de la poesía, y dando á entender que poesía es la flor de trapo que un vate huero lleva á un album.

Poesía hay en el mar y en las ingentes cordilleras, y esta poesía no merma la inmensidad de tamañas grandezas.

No apuñaléis á la virgen que se va; no pisoteéis sus dorados sueños.

Pues, "si el arte de la vida consiste en hacer de la vida una obra de arte", difícilmente se hallará quien realice la obra si la Poesía no presta su paleta y sus cinceles.





Crepúsculo del beso ::

Con intervalo de pocas horas he leído un acuerdo de un gobernador yanqui y un pensamiento escrito para un álbum de postales por el insigne sabio Ramón y Cajal.

El ilustre hombre de ciencia y el jefe político de la región norteamericana han coincidido... ¡en un beso! Mejor dicho, han coincidido en un anatema furibundo contra ese perfume de cariño que florece en la escarlata de los labios.

Idéntico es el motivo que impulsa al gobernador yanqui á prohibir, y á Ramón y Cajal á condenar el beso.

La autoridad norteamericana, en nombre de la higiene—no de la moral—hace saber que serán casti-

gadas con multa de dos dólares todas las personas que en sitio público den ó reciban un beso.

Cajal con la rudeza de un aragonés y con la austeridad de un hombre de ciencia, define el beso como vehículo transmisor de microorganismos engendrados de infinitas enfermedades. Es lógica, es perfectamente sensata, es reconocidamente provechosa esa campaña de saneamiento emprendida con el limpio propósito de evitar que una epidermis sana se ponga en contacto con el "paraíso de los microbios," ó que la boca se roce con una epidermis manchada ó inficionada por afecciones repugnantes, molestas ó peligrosas.

Y después de hacer tal declaración, es fuerza confesar que ahora, como en la mayor parte de los casos, las propagandas higienizadoras están abiertamente reñidas con la tradición secular y con la poesía de la vida.

*
* *

Cualquier historiador nos dirá que el origen del beso se pierde en la consabida "noche de los tiempos."

Sin entraren las épocas prehistóricas y limitándonos al período bíblico que comienza con la aparición de nuestros primeros padres, es cosa comprobada que

Adán al reconocer á Eva como su compañera “dióle paz en el rostro”.

De entonces á hoy, el afecto, la ternura, la pasión amorosa, y el cariño en todos sus matices han encontrado expresión aducuada en el beso.

Y aun la adoración y el respeto, como cuanto es latido noble del alma, han buscado para manifestarse ese suavísimo desplegar de las alas de mariposa de los lábios.

Para saludar á los astros, para aclamar á los caudillos gloriosos y para rendir culto á sus ídolos, los paganos tirábanle besos.

Y el patriarca Noé para acariciar á su dilatada prole y la dulce esposa del “Cantar de los cantares,” para demostrar su ternura al bien amado, acudían al beso, pájaro invisible que se acurrucaba en el nido tierno de la entreabierto boca, en la enramada de la cabellera, en los hoyuelos de la garganta, en las azucenas de las manos ó en el terciopelo tembloroso de los párpados.

Y es que el beso, como la sonrisa y como la palabra fué siempre rasgo característico y exclusivo de la humana especie.

Y en sentido más ó menos figurado, el sol tiene besos de fuego: el invierno, besos de helado armiño: la luna, besos de plata; la brisa, besos de aroma; el mar, besos de espuma; el incienso, besos de humo azul, que son plegarias; la vida besos de dolor, y la muerte besos de paz y de tranquilidad suprema.

Para los héroes, tiene besos la inmortalidad; para los artistas, hay besos de luz en el vibrar de la inspiración; para los pobres, es consuelo, el beso de la Caridad, y para todos, grandes y pequeños, reyes y mendigos, felices y desdichados, no hay bálsamo de mayor eficacia para cicatrizar las heridas del alma, que el beso de la noble compañera, todo amor, ó el de la madre, todo abnegación y sacrificio.

Besos muertos y sepultados en el desplome de castillos roqueros y de torres señoriales, fueron los "besos feudales," que el señor de horca y cuchillo cambiaba con los siervos de la gleba para el pacto de servidumbre y para testimoniar la pleitesía.

Vivos, aun cuando debieran estar muertos, palpitan aún los ósculos que por traidores y viles se conocen con el nombre de besos de Judas.

Y en el lienzo y en el mármol y en la estrofa, como



... ó el de la madre, todo abnegación y sacrificio...

estallidos de sentimiento hondo, perduran y perdurarán los besos que acaso, acaso son lo más humano que hay en lo divino ó lo más divino que hay en lo humano.

Ese gobernador de Yanquilandía y nuestro eximio Cajal, conseguirán tal vez acabar con los besos de fórmula, con esos besos de puro trámite, de afectada cortesía, que son en la realidad lo que en hipótesis son los que al terminar una carta ponemos mentalmente en los pies ó en las manos de la dama ó del caballero á quien escribimos.

Cierto que higiénicamente estamos en el comienzo del crepúsculo vespertino del beso. Pero no es menos cierto que, en la realidad, ese crepúsculo, antes que palidece de ocaso, tiene esplendores de amanecer.

Y si alguien lo duda, pregunte á Cajal y á esa autoridad norteamericana, cómo exteriorizan el tiernísimo afecto que sienten ante la madre venerable, ante la amada esposa ó ante los hijuelos que son pedazos de su corazón.

Apuesto los dos dólares de la multa á que uno y otro se encojerán de hombros y responderán: "Haced lo que digo, y no lo que yo hago„.





Ambición satisfecha

En las contadas horas que el trabajo me deja libre, los amigos saben siempre, escalones más ó escalones menos, el lugar en que pueden encontrarme. Con rarísimas excepciones, mis ratos de vagar se deslizan apaciblemente viendo al barro convertirse en admirable estátua, embriagando la retina en el color que de la paleta surge para esplender en el lienzo, ó deleitando el oído ya con las armonías que del piano brotan como aladas mariposuelas, ya con las rítmicas inspiraciones del más brillante de nuestros escritores.

La vida de los estudios me sugestióna con sugestión irresistible, tiránica, francamente avasalladora.

Los luchadores del arte son para mí los héroes grandes entre los más grandes que registra la historia del mundo.

Viéndolos trabajar, su trabajo se me antoja oración sublime que en nombre de la humana grey alcanzan a la belleza eterna.

Así como hay buzos que descienden a los abismos del mar para arrancar de su estuche nacarino a las deslumbradoras perlas; así como hay almas fuertes que emprenden la conquista del aire ó se aventuran en exploraciones peligrosas para beneficio de la Humanidad, así los artistas, sacrificando la vida propia al mejoramiento de otras vidas, buscan perlas concreciones en los mares de la indiferencia, batallan contra los pesimismoes que enervan y descubren continentes ignorados para los que no saben ó no pueden navegar alumbrados por los nunca extintos faros del genio y de la fé.

Circula como moneda de buena ley—y como tal yo la he aceptado durante mucho tiempo—la especie de que la recompensa de los caudillos de la legión sagrada es... ¡la inmortalidad!

La frase es bonita y suena bien. Pronunciada con cierto énfasis, entra en el oído y llega al cerebro como música suave.

¡La inmortalidad! Así como así, llamarse, al correr



E. Barrio

A. Gómez

El artista escuchaba silencioso...

el tiempo, Miguel Angel ó Velázquez, Mozart ú Homero, es gran cosa para el que en el arte adora, por el arte alienta y para el arte vive.

Hace pocas tardes, contemplando la Puerta del Sol desde el ventanal de su estudio, un artista muy discutido ayer y justamente indiscutible hoy, se dolía de las amarguras y contrariedades en que, á toda hora y en todas partes, tropieza fatalmente el que vive con el pie sobre la tierra y las pupilas siempre clavadas en la altura.

Un amigo y pariente del gran pintor apuntó, á guisa de consuelo, que hasta el fin nadie es dichoso, que el laurel florece mejor cuando se le riega con la sangre del alma, y que la compensación de las contrariedades y amarguras de la vida presente está en la gloria de vivir en una eternidad futural la vida de lo inmortal.

El artista escuchaba silencioso. Luego, sin que supiéramos á qué cuento venía, nos narró la página única de la existencia humilde de un su aprendiz.

—¿En que direis—preguntó—que cifraba sus ambiciones Manolo? ¡En una niñería!

Mi pobre aprendiz, hijo de familia modestísima,

ambicionaba ante todo, sobre todo y más que todas las cosas... ¡el verse saludado! Su ambición como véis, no era un ideal imposible de conseguir.

El muchacho envidiaba á los políticos y á los toreros, á los periodistas y á los generales, y especialmente á los soberanos.

Más aún; por la galantería que se tiene para con la mujer, Manolo hubiera dado su vida entera por ser reina y lograr que á su paso se descubriesen todas las cabezas y se enclinasen respetuosas todas las frentes.

Pues bien; la ambición de mi aprendiz quedó satisfecha hace una semana. Murió el desdichado, le costeamos un entierro, y el muchacho, encerrado en negra caja, paseó en una carroza por Madrid; recibiendo el saludo de grandes y de pequeños, de mendigos astrosos y de aristócratas linajudos.

Al precio de su vida compró la satisfacción de su pueril vanidad ¡Lástima que la muerte, al colmar su ambición, le privase del goce de disfrutar del homenaje que tan caro pagó!...

Calló el artista. Callamos todos y por el pensamiento cruzó la idea de que la inmortalidad es el saludo de lo presente á lo pretérito, el homenaje que

al muerto de hoy rendirán las generaciones de mañana.

Al fin y á la postre, el ansia de inmortalidad que late en todo artista es sencillamente una ambición infantil, que se verá satisfecha cuando el ambicioso no pueda gozarla.





Lección de vida

Nos invitó un maestro compositor, tan inspirado como simpático, á pasar el día en un jardín que posee á pocas leguas de Madrid.

Gustosos y agradecidos aceptamos la invitación y allá fuimos con alegría de juventud á desempolvar unas botellas de oloroso Montilla, que el simpático artista nos tenía guardadas en la cueva.

El jardín se destacaba como pincelada de intenso verdor en la amarillez de la estepa cubierta de rastrojos.

Una atmósfera de paz, de tranquilidad suave, de encanto dulcísimo, parecía descender de las frondosas copas de los árboles, para envolver á la casita de blanqueados muros y para calmar como sedante maravilloso la fiebre encendida en las venas por las desespe-

radas y nunca bastantemente satisfechas ambiciones de gloria.

En un rincón rechinaba la noria mostrando sus arcaduces, que se abismaban en el pozo, buscando con afanes de alma inquieta, el alga transparente y cristalina.

En el centro, circundada de aterciopelados musgos y purpúreos miramelindos entonaba la fuente una canturia monoritmica.

Sobre el tejado arrullábanse, con arrullo de amor, los blanquinegros palomos. Y entre el follaje desgranábanse, como hilos de perlas, las apasionadas notas de los ruiseñores.

—Todo canta, todo suena, todo vibra—decíanos el músico.—La vida es una exteriorización de las sonoridades del alma. Plantas y flores, pájaros y fuentes, con incopiables afectos orquestales, me dicen todos los días y á toda hora que lo mejor de la vida es vivir dejando un acorde, una modulación, un arpegio que encuentre eco simpático en las almas que tienen aptitud para escuchar esa divina música que el alma escribe en el pentágrama de la existencia...

—¡Todo es color, todo es línea, todo es cuadro!—



... una pujante y pinchuda pita...

exclamaba el pintor.—Desde las campánulas azules que repiquetean derramando aromas al soplo del viento, hasta la burbujeante plata del arroyuelo que tiene madre en la noria, todo dice que la vida es un gran lienzo extendido sobre el caballéte del mundo; un lienzo que pide ser pintado, trocando en pinceles las fibras más puras del corazón y volcando en la paleta los sentimientos más noblemente artísticos y más soberanamente bellos que el alma atesora.

Complacido escuchaba las disertaciones de mis compañeros, mirando á lo lejos, en un rincón, como seto vivo, una pujante y pinchuda pita que parecía querer arañar en las corolas de nácar de un vecino jazmín.

—Vean—murmuré—lo que es la vida, ó mejor dicho, lo que debe ser la vida para el que, comulgando en la religión del arte, aspira á que su alma deje huellas en el alma de la humanidad. Soñando con la dicha más dulce de las dichas; con la que no se goza, día tras día y año, tras año, todas y cada una de las partes de esa planta bravía, han acumulado su potencia germinadora y los jugos más ricos de sus jugos, para hacer brotar un tallo que florecerá efímeramente, y

que al morir dará muerte á la planta entera que por él se sacrificó. Pero las hojas, como las madres, en su abnegación sublime, no regatean el néctar de su entraña á la flor naciente; la planta entera se consagra á una obra, que es, á un tiempo, estrofa cincelada, música deleitosa y cuadro rebosante de color.

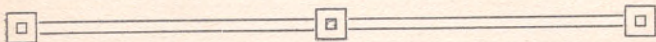
Esa obra es toda una vida obscura, paciente y laboriosa, que triunfará un instante. Ese instante basta para su recompensa.

—Miren más allá—añadí,—miren el jazmín que, trepador, se adhire al blanco muro. Ni sus vástagos cundidores riman al ser movidos por el viento, ni sus hojuelas esmeraldinas intentan componer cuadros inmortales. Y, sin embargo, feliz en su modestia, el jazmín vive una vida de artista soberano; una vida de sublimidad incomprensible é incomprensida. Cuando una mano ruda agita el retorcido tronco, la planta entera late como un corazón herido, y al latir derrama corolas embalsamadas, toda una lluvia de pétalos blancos y de aromas exquisitos, sobre los verdugos que la maltratan.

—Según eso—me preguntaron mis camaradas,—la vida para ti es abnegación y sacrificio.

—La vida... la vida—pensé en voz alta—es lo que elocuentemente nos enseñan, con mudas lecciones, las plantas que forman el seto vivo de este jardín; lo que nos dicen con su ejemplo las florecencias de esos brotes que tapizan la pared; lo que murmura el agua que dócil llena el vaso de la fuente y dócil se desliza por el cauce que se le trazó... La vida es amor, y el más artista será el que amando mucho acierte á vivir en el mundo del sentimiento universal.





Flor de ruínas

Soy un enamorado de las flores. Todo cuanto es prolongación de tallo, penacho de rama, airón de planta, mariposa de aroma ó corola polícroma, me atrae con atracción fuerte y me encanta con encanto avasallador.

Yo no sé qué de sugestivo, de admirable, encuentro en los cálices que se abren y en las hojuelas que se despliegan. Sólo sé que, exóticas ó indígenas, silvestres ó cultivadas, las flores me llaman con la lengua de sus pétalos, con la fragancia de su incienso, con los verdores de sus brotes y con las suavidades de sus tejidos que fingen finuras de raso y blanduras de terciopelos.

Por idéntica razón que damos la preferencia, en el

trato social, al hombre de ingenio sobre el necio, prefiero yo las florescencias perfumadas á las que no lo son. Y por la misma causa que nos mueve á amar con amor más tierno á los que despiertan á la vida entre purezas é ingenuidades, gusto más y más de la nota blanca, entre las brillantes notas que atesora en su inagotable paleta el artista más genial y fecundo de los artistas: la madre naturaleza.

Sobre mi mesa de trabajo, por obra de amistosos afectos ó por gracia de cuidados familiares, luce en todo tiempo un ramo de las flores que son objeto de mi especial predilección.

De Málaga suelo recibir diamelas semejantes á copos de nieve embalsamados; de Córdoba me envían ramas de azahar que remedan minúsculos pebeteros de alabastro; de Granada son los mojiscos jazmines, embriagadores como el recuerdo de la corte de Alhama; sevillanas son las recias varas de nardos, en las que los cálices tiemblan como campanitas de plata; levantinas son las azucenas, parecidas á copas de ágata cinceladas por orfebre primoroso; y cataláunicas, castellanas y galáicas son las menudas resedas, las arrogantes magnolias y las violetas ó heliotropos que, por



Llegábamos en el paseo á un rincón sombrío...

arte del floricultor, mudaron sus tintes zafireos en alburas de armiño inmaculado.

Hay quien tiene la manía de coleccionar tarjetas postales y hay quien se pasa la vida reuniendo fototipias.

Mis postales son más bellas; vienen firmadas por el alma de las regiones españolas y copian, por virtud de incopiable procedimiento, las hermosuras más exquisitas de jardines y de huertas, de cármenes y de “riberas,, de parques y de “torres,,.

*
* *

Ayer tarde, paseando con mi médico, que es un poeta de la ciencia, hablaba, yo, con entusiasmos de amador rendido, de mis floridas y fugaces colecciones nacaradas.

Mi excelente amigo, con frase pintoresca, comenzó á describirme la flor de moda; una flor que casi todos los artistas cultivan inconscientemente.

—Mire—me decía el inteligente doctor—es muy extraño que usted no haya parado mientes en esa florrecilla que tiene palideces de cera virgen y amargores

de tallo jugoso de adelfa. Aspirando su breve y penetrante perfume—exclamaba—los nervios se irritan, la imaginación se exalta, y, tras fugaz exaltamiento, desmaya como fogoso potro después de desenfrenado galopar... La persistencia de su aroma produce sensaciones extrañas, vértigos, alucinaciones, nostalgias enervadoras, tristezas infinitas, laxitudes y excitaciones febriles. Es una flor del mal que esconde su ponzoña bajo hipócrita y seductora máscara...

Llegábamos en el paseo á un rincón sombrío, húmedo, en el cual, sobre un torreoncete venido á tierra, lucían su amarillez los jaramagos, sus fröndas esmeraldinas las hiedras y sus tallos glaucos y cundidores las gramas.

Entre aquella vegetación exuberante descollaba, luciendo como un berilo esmaltado de espuma, una solanácea de verdor intenso en las hojas y de blancura deslumbrante en sus floridos pétalos.

—Ahí tiene usted—concluyó mi médico—la hermana gemela de la flor de moda; de la flor maldita, contra la cual lucho día y noche desesperadamente en lucha brutal... Sobre las ruinas de ese edificio, matando á los musgos y á las parietarias, se ha enraizado la

solanácea que lleva en sus tallos y en sus hojas, en sus bayas y en sus corolas veneno mortal. Así también, sobre las ruinas de los organismos, agrietados por los embates del humano oleaje, sobre las existencias gastadas por continuo batallar, enraiza y crece hasta refulgir como un astro en el cielo del dolor, la flor de moda, la flor de la ruina de los cuerpos: la neurastenia.



ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
El Automóvil blanco.....	5
Fuego fatuo.....	13
Los únicos vivos.....	19
... Y no es cuento.....	25
Olvido.....	31
Querer llegar.....	39
Sembrando.....	45
Retratos femeninos.....	53
La Oración de la Patria.....	59
Alma de Artistas.....	63
La última conferencia.....	71
Voluntad.....	77
Teatro por dentro... ..	85
Buscando Patria.....	91
El enjambre.....	99
Cenicienta.....	105
Crepúsculo del beso.....	113
Ambición satisfecha.....	121
Lección de vida.....	129
Flor de ruinas.....	137

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Aves sin nido, poemas, con una poesía-prólogo de Manuel Reina (segunda edición), 2 pesetas.

La vida humilde, poesías, 3 pesetas.

Los que miran más allá, poemas, 3 pesetas.

La Patria de mis sueños, poemas, 3 pesetas.

La Poesía en el mundo, poesías, con ilustraciones y retrato del autor, 2 pesetas.

Almas de niños, cuentos, con el retrato del autor, 0'75 pesetas.

De la tierra española, cuentos, con ilustraciones, 3 pesetas.

La Casa de Cárdenas, novela, con dibujos de Gili y Roig, 2 pesetas.

La Ciencia del dolor, novela, con dibujos de Francés, edición de *El Cuento Semanal*.

La coleta del maestro, (zarzuela), una peseta.

El último cuento azul, cuentos, edición de la Biblioteca «Patria», una peseta.

Por la España desconocida: Notas de una excursión á La Alberca, Las Jurdes, Batuecas y Peña de Francia. Edición de *La Ilustración Española y Americana*.



MUNDIAL ———
——— BIBLIOTECA

TOMOS PUBLICADOS:

Historias de Don Quijote, por Martín D. Berrueta.

Pompas de Jabón, por M. R. Blanco Belmonte.

TOMOS EN PRENSA:

Historias de Zorrilla, por Marciano Zurita.

La Hija del Usurero, por Estanislao Maestre.

Aires de Cuentos, por Martín D. Berrueta.

Historias de Gil Blas de Santillana, por Manuel Galán.

Cuentos de Cuentos, por Augusto Riera.

Historias de la Historia, por Martín D. Berrueta.

1'90 pesetas ejemplar



BIBLIOTECA

AZUL Y ROSA

ESPECIAL PARA FAMILIAS Y JÓVENES

Elegantes volúmenes tamaño 27 por 17 centímetros de 400 á 500 páginas en papel superior, con preciosos grabados y encuadernados con artística cubierta al cromo y oro.

TOMOS PUBLICADOS:

El Hijo del Capitán Nemo, por Enrique Bendito.

Flor de Aventuras, por Hector Malot y A. Puschkin.

EN PRENSA:

Veladas de la Quinta, por Madame de Genlis.

Don Quijote de la Mancha, por Miguel Cervantes Saavedra.

Vidas que quedan, por Mariano Rodríguez Miguel.

5 pesetas ejemplar



BIBLIOTECA—
— IDEAL

Tomos de 64 páginas tamaño 22 por 16 centímetros, con láminas en colores y encuadernados con artística acuarela en la cubierta.

TOMOS PUBLICADOS :

Cuentos y Fábulas, por L. Méndez de Cuenca, Iriarte y Samaniego.

El Cojito, por varios autores.

TOMOS EN PRENSA :

El Músico callejero.

El Fin de una huelga.

El Niño en la tumba.

La Serpiente.

La Cuenta del Doctor.

La Hija del Desterrado.

Una peseta ejemplar

6000-

36 E

Stenopoma fuscum *burgalis*
Warrick Barro

30-



Pompas
de Jabón

Mundial
Biblioteca

G 24807